

## CAPÍTULO II

# SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER EN ZARAGOZA (1920-1927)

*Martín Ibarra Benlloch*

Historiador

### 1. Josemaría en el seminario de San Francisco de Paula

En Logroño durante la continuación del bachillerato, aunque Josemaría sintió inclinación hacia la Arquitectura, su padre le aconsejó que cursara los estudios de Derecho. Pero después de tener barruntos de que Dios le pedía algo decidió ordenarse sacerdote y comenzó a estudiar como alumno externo en el seminario de Logroño. Reconsideró entonces la oportunidad de estudiar Derecho, como prudentemente le había sugerido su padre. El tiempo demostraría la oportunidad del consejo y lo acertado de tal elección<sup>1</sup>.

En el verano de 1920 José Escrivá comentaba a sus amigos de Fonz enseñándoles su foto: «Este hijo me ha dicho que quiere ser sacerdote, pero a la vez va a estudiar para abogado»<sup>2</sup>. Así pues, debía prever su traslado a alguna ciudad en la que hubiese una Facultad de Derecho; ése era el caso de Zaragoza.

Por aquellos años Zaragoza contaba con 150.000 habitantes, centralizando la industria y el comercio de la región. Tenía una sede arzobispal que era la cabeza de la provincia eclesiástica a la que pertenecían las diócesis de Barbastro, Huesca, Jaca, Pamplona, Tarazona-Tudela y Teruel-Albarracín. Era también capital de la Quinta Región Militar y tenía Audiencia Territorial.

La patrona de Zaragoza era la Virgen del Pilar, que también lo era de la Hispanidad. Su basílica es uno de los focos de devoción mariana y espiritual más importantes de Aragón y uno de los santuarios más frecuentados de todo el mundo. Contribuyó a esto, de forma decisiva, el arzobispo de Zaragoza don Juan Soldevila y Romero desde su llegada a la ciudad en 1901, fomentando la piedad hacia la advocación de Nuestra

Señora del Pilar en consonancia con el sentimiento regionalista de la época. El arraigo popular es tan grande que son muchas las personas que visitan la basílica a diario.

Otro factor que pudo influir en la decisión de Josemaría por la ciudad de Zaragoza, es que ahí estaban algunos parientes, como los hermanos de su madre, sus tíos Mauricio y don Carlos Albás, que era canónigo arcediano del Pilar.

Despejada la elección Josemaría inicia las gestiones para su traslado en la primavera de 1920. En junio de ese año don Juan Soldevila y Romero, arzobispo de Zaragoza, le concede la incardinación en la diócesis, siempre y cuando se excardine de la de Calahorra. Por tanto Josemaría solicita la excardinación del administrador apostólico de Calahorra, quien el 19 de junio de 1920 pide informes al rector del seminario, don Valeriano Ordóñez. El rector, unos días más tarde, informa positivamente y obtenida la excardinación se procede a la incardinación en Zaragoza, el 19 de julio de 1920.

El 28 de septiembre de 1920, habiendo recibido el permiso del arzobispo para ingresar, Josemaría se incorpora al seminario de San Francisco de Paula y comienza a ser alumno de la Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio<sup>3</sup>. En el primero residirá casi cinco años, hasta el verano de 1925; a la segunda acudirá con regularidad hasta junio de 1924, fecha en la que finaliza sus estudios eclesiásticos en Zaragoza.

A la vez que él ingresaron en el seminario de San Francisco otros alumnos, de los cuales cinco eran becarios, dos pagaban pensión completa y Josemaría media pensión. El número total de seminaristas no superaba el de cuarenta.

El seminario de San Francisco de Paula se ubicaba dentro del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos, ocupando las plantas tercera y cuarta. El resto era residencia de sacerdotes diocesanos que colaboraban con el arzobispo en tareas específicas, como la predicación de misiones populares o en solemnidades, exámenes de ordenandos y sinodales, etc. Su presidente era por aquel entonces don Miguel de los Santos Díaz y Gómara, obispo auxiliar desde julio de 1920, quien en 1924 confirió las Órdenes mayores al joven Josemaría y al año siguiente, en marzo de 1925, le ordenó sacerdote.

Durante su estancia en el seminario de San Francisco fue rector don José López Sierra.

El nuevo seminarista debió de alojarse en la tercera planta, como apunta don Agustín Callejas, compañero del seminario desde ese curso de 1920-1921. Lo mismo parece indicar don Jesús López Bello: «Le estoy viendo en su habitación de Inspector en el piso tercero –yo creo que siempre estuvo entre los mayores, con los estudiantes de Teología–...»<sup>4</sup>. La tercera planta estaba destinada a los estudiantes de Teología, mientras que la cuarta era la de los de Filosofía.

Era la primera vez que Josemaría se alejaba de su hogar ya que en Logroño había estado como seminarista externo. No debió de ser fácil su incorporación a la vida del seminario de San Francisco de Paula. Al cabo de los años san Josemaría lo expresaba de forma clara: «Sucedieron muchas cosas duras, tremendas... Eran hachazos de Dios Nuestro Señor, con el fin de preparar –de ese árbol– la viga que iba a servir, a pesar de su debilidad, para hacer su obra»<sup>5</sup>.

## **2. El curso académico 1920-1921 en la Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio**

Al día siguiente, 29 de septiembre, como era lo acostumbrado, tuvo lugar una solemne sesión inaugural del año académico en la Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio, con la presencia del rector, don Lorenzo Insa Celma, y el prefecto de estudios, don Joaquín González Marco, además de otras autoridades. Del acto se hizo eco el periódico de Zaragoza «El Noticiero», conservándose las reseñas de los años 1920-1923, en los que asistió Josemaría siendo seminarista.

El seminario conciliar de San Valero y San Braulio se ubicaba en un edificio de la plaza de la Seo (desde 1834 hasta 1945, para cambiar al seminario actual, de mayores dimensiones). En su interior estaba la Universidad Pontificia, que ocupaba el piso bajo y el principal. El resto del edificio estaba destinado a la parte residencial del seminario. En la planta baja se encontraban la sala de visitas, la capilla, el comedor y tres aulas. En el piso principal estaban la biblioteca, otras tres aulas, el salón de actos y el conjunto de la prefectura de estudios. Esta última comprendía un salón donde se solían hacer los exámenes de grado, el despacho del rector del seminario (que era un operario diocesano) y el del prefecto de estudios (un canónigo).

En este centro docente, elevado al rango de Universidad Pontificia en 1897, se estudiaban el último curso de Humanidades, los tres cursos de

Filosofía, los cuatro cursos de Teología, un quinto curso de Teología de carácter opcional y monográfico, y los tres cursos de Derecho Canónico. Había, además, la «carrera breve» que hacían algunos seminaristas. Josemaría hizo los cursos correspondientes más el quinto curso.

A las clases en la Universidad Pontificia acudían los alumnos de los dos seminarios. Los de San Valero y San Braulio lo hacían formados desde sus habitaciones y entraban esperando dentro de ellas en un silencio relativo. Los del San Francisco de Paula solían llegar algo más tarde ya que venían desde el seminario de San Carlos, no por el Coso sino por calles interiores. En las aulas había puestos fijos, ocupando cada seminario un sector determinado; por lo general el de San Francisco de Paula ocupaba la parte izquierda.

Solía haber dos clases por la mañana, de 9 a 10.15 y de 11.30 a 12.30, con un rato de recreo de 10.15 a 11, y media hora de estudio de 11 a 11.30. Por la tarde sólo había una clase, de 15.30 a 16.30.

Este horario se explica mejor dentro de la actividad global de cada día: se levantaban a las seis y media, hacían media hora de oración y asistían a la santa misa en la iglesia de San Carlos. A continuación desayunaban y salían hacia la Universidad, donde recibían las clases. Al mediodía volvían al seminario de San Francisco para comer. Luego retornaban a la Universidad Pontificia, donde tenían una hora de clase vespertina. Al regresar merendaban, estudiaban, rezaban el santo rosario y hacían un rato de lectura espiritual. A las nueve de la noche cenaban; un momento antes de acostarse rezaban unas oraciones y hacían el examen de conciencia. Este horario sólo se alteraba el jueves por la tarde, en que salían a dar un paseo en dos filas acompañados de un inspector, y los domingos o días de fiesta, en que los que tenían familia en la ciudad solían pasar el día con ella.

Josemaría hizo el plan de estudios de la Universidad Pontificia. Pero el primer año, curso 1920-1921, debió de realizar otras asignaturas correspondientes a cursos anteriores según el plan de estudios de Zaragoza que no figuraban en el del seminario de Logroño, del que procedía. Se trata de dos asignaturas de primero de Teología, «Introductio in Sacram Scripturam», «Exegesis Novi Testamenti», y otras dos de cuarto de Latín —«Griego» y «Hebreo»—. Será, por tanto, este curso de 1920-1921 uno de los más duros al preparar nueve asignaturas.

Si el curso comenzó con gran intensidad en lo referente al estudio también lo hicieron otras actividades. Así diez días después de entrar en

el seminario, el 8 de octubre, es nombrado celador de la «Asociación del Apostolado de la Oración del Sagrado Corazón de Jesús», cargo que mantiene los dos primeros años de su estancia, para pasar al de vicedirector en 1922 al ser nombrado inspector. Esta Asociación contribuía, entre otras cosas, a fomentar la preocupación misional<sup>6</sup>.

### **3. La vida en el seminario. Las primeras amistades**

Enseguida se hizo con un buen número de amigos, como un compañero que recuerda de él que «era extraordinariamente alegre y tenía un fino sentido del humor». En esto coinciden otros testimonios, como el de don Francisco Artal Luesma, seminarista del Conciliar: «También me viene a la memoria su buen humor. Era muy alegre y sonreía siempre. No se me ha olvidado aquella sonrisa indefinible: sonreían sus labios y toda su mirada, y en ella se mezclaban su sentido de la amistad, su capacidad de observación y su alegría»<sup>7</sup>.

Además un condiscípulo añade otros datos de interés: «Lo recuerdo humilde, de trato llano y muy sencillo. Pero también recuerdo que infundía respeto a todos los que lo conocían y trataban: respeto y admiración. No una admiración que le alejaba –fría, apartada– sino todo lo contrario: la relación con él iba acompañada del calor del afecto. Fácilmente se hacía amistad con Josemaría, y cuando ésta llegaba, era una amistad que duraba para siempre»<sup>8</sup>.

Prueba de esto último es que sus compañeros de asiento en el comedor durante los dos primeros años –los asientos eran fijos– pronto hicieron amistad con él a pesar de que la mayor parte de las veces comían en silencio, escuchando la lectura de un libro que, sistemáticamente se recomenzaba al finalizar. Éstos eran don Jesús López Bello, más tarde beneficiado del Pilar, y don Dionisio Herrando, que después estaría de párroco en un pueblo de Teruel<sup>9</sup>.

Pero había algunos rasgos de carácter y educación que lo diferenciaban de muchos de sus compañeros de seminario, procedentes en su mayoría de familias campesinas. Así sucedía, por ejemplo, con su educación y buenos modales. Don Agustín Callejas lo expone con precisión: «Se trataba no de riqueza sino de una finura de espíritu que se manifestaba en el aseo personal, en el cuidado del vestido y, sobre todo, en la forma educada de su comportamiento. No puede extrañar que, en aquellos años en los que la mayoría de los que íbamos al seminario procedíamos de

familias campesinas, llamase la atención su manera de presentar y de comportarse». Naturalmente hay que juzgar los hechos teniendo en cuenta los tiempos y circunstancias. Con gran sentido común don Agustín reflexiona sobre el particular: «Entonces las diferencias se notaban más y es natural que en el Seminario se reflejase lo que en la sociedad ocurría. No es que Josemaría fuese el único que procedía de familias que no eran del campo, pero entonces –y esto no presupone ningún juicio moral sino sólo señala un hecho– era poco corriente que los chicos de las ciudades, con estudios civiles –aunque sólo fuese el bachillerato– terminados y de familias con educación esmerada, acudiesen a los Seminarios»<sup>10</sup>.

O como expone don Francisco Artal: «También recuerdo que iba siempre limpio, pulcro y que vestía cuidadosamente. Al recordar estas cosas, con la madurez que dan los años, creo que todo ello podía ser manifestación de la vida interior de un alma que estaba plenamente enamorada de la dignidad del sacerdocio»<sup>11</sup>.

En esta línea encontramos otros testimonios, como el de don Antonio Mainar, que lo conoció en 1923: «Parece que lo estoy viendo ahora, vestido con manteo y sombrero, siempre guardando lo que es la dignidad sacerdotal. Por esta razón, y por su propia manera de ser, no era juguetón o revoltoso como muchos de nosotros, que, sin malicia, hacíamos las cosas que pueden imaginarse como propias de chicos jóvenes con una educación campesina. Él tenía ya –tal como he dicho– una especial madurez sacerdotal»<sup>12</sup>.

Otro compañero expone algo parecido: «Para mí Josemaría, sin proponérselo, representaba un fuerte contraste con lo que parecía costumbre entonces: el ambiente descuidado de los seminarios y la suciedad y falta de aseo de los seminaristas. Creo que Josemaría cuidaba ya en el Seminario estos detalles de elegancia, en aras a lo que pensaba que debía ser el aspecto externo del sacerdote ante la sociedad. No tenía nada que pudiese parecer afectado o amanerado, sino que era su porte la manifestación de que su alma profundizaba en el sacerdocio.

»Es posible que algunos seminaristas no comprendiesen el valor de todas estas cosas –verdaderamente una virtud humana– e incluso las malinterpretasen [...]. El caso es que a Josemaría estas incomprendiones –si es que las hubo– nunca le hicieron mella»<sup>13</sup>.

Otro de esos rasgos era su inquietud cultural. Josemaría leía mucho y eso no pasaba inadvertido. Así lo señala un amigo: «En el Seminario ocu-

paba Josemaría en leer y escribir el tiempo que le dejaban libre las clases y el estudio. No sé bien lo que leía porque no presté atención; pero recuerdo que conocía muy bien las obras de Santa Teresa y citaba frecuentemente párrafos enteros que se sabía de memoria». Don Agustín Callejas es de la misma opinión: «Leía mucho y creo que, sobre todo, autores clásicos de literatura o espiritualidad»<sup>14</sup>. Es preciso tener presente que entre los seminaristas de la época –como en muchos universitarios– resultaba habitual conformarse con estudiar las asignaturas, sin dedicar más tiempo en completar su formación y aumentar su cultura. Josemaría leía durante muchas horas, a veces por las noches.

Esta inquietud le llevó junto a otros compañeros a sacar una revista del seminario, de la que salió un número –primero y último por indicación de los superiores–. Don Agustín Callejas recuerda que «se llamaba “La Verdad”. Josemaría escribió un artículo sobre cultura y literatura y yo otro sobre algunos aspectos de la vida pública española de ese momento»<sup>15</sup>.

También era conocida su capacidad para versificar y saber encontrar el lado divertido de las cosas. Recuerda don Agustín Callejas que le produjeron «gran admiración los epigramas que escribía en una pequeña libreta de hule que llevaba en el bolsillo y en la que iba escribiendo frecuentemente. Eran frases agudas, llenas de ingenio, con una carga festiva o satírica y con un gran sentido humano»<sup>16</sup>. Por ello en una ocasión en que se celebraba un homenaje al rector del seminario, don Miguel de los Santos, le pidieron que compusiera una poesía. Aunque no le agradaba entrar como protagonista de nada aceptó. Compuso una poesía que se titulaba *Obedientia tutor*: ¡Lo más seguro es obedecer!, el lema episcopal del homenajeado.

Otro aspecto a tener en cuenta del joven Josemaría ha sido bien captado por el mismo don Agustín: «Alguna vez pensé que se apartaba del ambiente general de los compañeros pero me di cuenta pronto de que simplemente no le gustaba hacer deporte –entonces menos corriente que ahora– sino pasar el rato, dando vueltas a la luna, “como se nombraba al patio interior”, ya solo, ya charlando agradablemente con alguno»<sup>17</sup>. Y es que Josemaría fue siempre un gran conversador, de trato fácil y ameno, de gran simpatía, que gustaba mucho de improvisar tertulias.

Muchos domingos iba a comer a casa de su tío Mauricio o de su otro tío, don Carlos Albás, el canónigo. Otras veces salía a pasear con condiscípulos. Algunos días particularmente señalados iban a casa de Angelita,

la hermana mayor de los Moreno, casada con don José Jiménez Gil, que vivía en la calle de San Miguel. Pasaban un rato muy agradable<sup>18</sup>.

El curso 1920-1921 termina bien académicamente para Josemaría. En seis asignaturas saca la nota máxima, *meritissimus* —«De Incarnato et Gratia», «Oratoria Sagrada», «Patrología», «Liturgia», «Introductio in S. Scripturam», «Exegesis Novi Testamenti»—, en una *benemeritus* —«De Actibus et Virtutibus»— y en dos, «Griego» y «Hebreo», *meritus*. Por indicación de su tío don Carlos Albás, que le comenta la importancia del griego para conocer bien la Escritura y los Padres de la Iglesia, Josemaría dedica mucho tiempo ese verano a repasarlo hasta alcanzar un nivel francamente aceptable.

#### 4. El verano de 1921: estancias en Logroño y Villel

Al volver a Logroño con su familia lo hace acompañado de un buen amigo. Ahí tiene ocasión de jugar con su hermano pequeño, Santiago, de dos años y medio, y de sacarlo a pasear. Años más tarde el amigo evoca esa estancia suya: «También yo pasé algunas temporadas en Logroño con sus padres y hermanos: Santiago era entonces muy pequeño, le llamábamos “Guitín” y me divertía jugar con él. Era una familia maravillosa y puedo asegurar que, si algún matrimonio he visto unido en la vida, ha sido aquél: el de los padres de Josemaría».

Algo más adelante continúa: «Algunas veces llevábamos a su hermana Carmen y al niño a pasear por el río y siempre, cuando su padre terminaba el trabajo, nos encontraba esperándole a los dos en la puerta de la tienda: dábamos juntos una vuelta por el Espolón y después caminando por toda la calle Sagasta íbamos hasta su casa»<sup>19</sup>. Don José Escrivá trabajaba en una tienda de tejidos, llamada «La Gran Ciudad de Londres», desde su llegada a Logroño en 1915.

La estancia agradable y feliz del amigo con la familia de Josemaría hará que corresponda invitando a éste a pasar unos días junto con su familia en Villel, un pueblo cercano a Teruel, donde su padre, fallecido hace unos años, había ejercido como médico. Josemaría aceptó la invitación y pasó unas semanas entrañables. Su amigo afirma que «todos los de mi casa le apreciaban mucho porque se hacía querer: era comedido, discreto y prudente pero, a la vez, era afectuoso y expansivo. Además, constantemente aparecía su natural y maravilloso sentido del humor. Su llegada a Villel era en aquella casa una gran fiesta y, cuando se marchaba, se notaba que había dejado un gran vacío»<sup>20</sup>.

Se juntaban cinco amigos: los hermanos Moreno, Francisco y Antonio, los hermanos Navarro, Cristóbal y Antonio, y Josemaría. Por las mañanas paseaban por los alrededores, iban a pescar o a coger cangrejos. Antonio Navarro, que por aquel entonces era estudiante de bachillerato, recuerda que «solíamos dar largos paseos o pequeñas excursiones al río –por Villeda pasa el Turia recién nacido–; quizá fuimos alguna vez a la Peña del Cid que es un lugar muy bonito que está camino de Libros y, por supuesto, a la Fuensanta: un Santuario dedicado a la Santísima Virgen hacia el que tienen una gran devoción la gente de aquellos pueblos». Desde allí subían al lugar donde se encontró la imagen de la Virgen, una pequeña edificación casi derruida<sup>21</sup>.

Su amigo constata que «vivía con delicadeza exquisita y gran naturalidad la virtud de la pureza. Nunca le vi hacer la más mínima concesión y no admitía bromas o comentarios ligeros al respecto. Era severo y exigente consigo mismo incluso en cosas pequeñas que para los demás no tenían importancia alguna. Recuerdo, por ejemplo, que, en estas mañanas que pasábamos en el río, siempre había alguno que se bañaba. No recuerdo que Josemaría comentase cosa alguna, pero él no lo hizo nunca, supongo que por pudor, ya que no le gustaría la forma cómo se hacía entonces»<sup>22</sup>.

Una de las cosas que más les admiraba y divertía era su sentido del humor y su capacidad de versificar. Con gran expresividad se expresa Carmen Noailles, viuda de Antonio Moreno, quien evocaba con todo detalle las estancias de Josemaría en Villeda: «Recordaba lo simpático y agradable que era en aquel tiempo: cómo sabía reírse –con una alegría que le salía de dentro– y hacer reír. Era muy diestro en componer pequeños versos con los que retrataba o caricaturizaba las pequeñas incidencias de la vida diaria»<sup>23</sup>.

Una apreciación parecida es la de don Antonio Navarro, quien recuerda, además, el título de una de sus obritas: «Nos habían gustado a todos mucho unos versos –acompañados de dibujos– que escribió bajo el título: “Aventuras de unos chicos de Villeda en sus idas y venidas de Zaragoza a Teruel” y en los que, con pluma llena de ingenio, aparecíamos todos como protagonistas»<sup>24</sup>.

El joven Josemaría sabía conjugar bien estas excursiones y paseos con una intensa vida de piedad. Así lo entendieron todos y se refleja en el testimonio de Carmen Noailles: «Incluso en medio de aquellos juegos de verano, Josemaría no perdía aquella elegancia espiritual que ha carac-

terizado, a mi modo de ver, toda su vida. Era muy delicado en el trato con las chicas, pues no tenía más que el estrictamente correcto: se notaba claramente la decisión y firmeza de su vocación al sacerdocio. A pesar de ser un tiempo de vacaciones, cuidaba con naturalidad su vida espiritual: iba diariamente a Misa, rezaba el Rosario y debió encontrar manera de dar cauce a su devoción mariana, también con las visitas que solían hacer al Santuario de la Virgen de la Fuensanta». Aprovechaba, además, otros ratos para ir a la parroquia<sup>25</sup>.

Josemaría llevaba trajes oscuros –grises o negros– y corbata siempre negra. «Era cuidadoso y ordenado en el vestir y destacaba sobre todo su educación esmerada, que se demostraba en infinidad de detalles: todo lo pedía por favor y siempre, por cualquier cosa, daba las gracias. Era muy alegre pero respetuoso al mismo tiempo: no hacía nunca bromas pesadas»<sup>26</sup>. Además acostumbraba a estar largos ratos acompañando a la señora Moreno, o en su habitación estudiando o leyendo. Algunas veces le decía: «No la quiero ver triste. No llore, Sra. Moreno. Hemos de pedir mucho por él. Yo, en cuanto me ordene, ofreceré la misa por él», refiriéndose a su marido, fallecido hacía cuatro años. Por todos estos detalles, y por su vida de piedad, la señora Moreno comentaba a menudo que «llegaría a ser un sacerdote ejemplar»<sup>27</sup>.

## 5. El curso académico de 1921-1922

El nuevo curso académico de 1921-1922 se abrió con un solemne acto académico en la Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio el 29 de septiembre, que recogió la prensa local. Este curso Josemaría hizo las cuatro asignaturas de tercero de Teología con buenos resultados: *meritissimus* en tres de ellas —«De Deo creante», «Theologia Moralis» (Praecep.), «Theologia Pastoralis»— y *benemeritus* en una, «De re sacramentaria».

En estos dos años había ido aumentando y madurando su vida de piedad. Por las mañanas, después de levantarse, los seminaristas tenían un rato de meditación. Don Agustín Callejas señala su piedad. «Josemaría, durante la meditación, estaba en una actitud de oración intensa: para él debía ser realmente una conversación amorosa con Dios y, mientras bajábamos las escaleras para ir a Misa, conservaba una actitud de recogimiento y de concentración»<sup>28</sup>.

En Zaragoza leía el Evangelio en latín y acostumbraba a meditarlo, como ya hacía en Logroño. Repetía muchas jaculatorias sacadas de ahí,

como la del ciego Bartimeo, *Domine, ut videam!*, que tanto gustaba considerar, o las de ¡Señor, que sea!, ¡Señora, que sea!, aquello que Dios le pedía y que todavía no sabía qué era. Posiblemente ése fuera uno de los temas que considerara en su oración, también en los largos ratos que pasaba rezando por la noche.

La naturalidad y la normalidad fueron dos constantes de su vida. Pero su piedad, recia y viril, no pasaba inadvertida a los demás. «Llamaba también la atención, sin que por otra parte hubiese nada raro, la devoción con que comulgaba: con las manos juntas sobre el pecho, el cuerpo erguido y el paso firme»<sup>29</sup>. Inevitablemente nos viene a la memoria la «Comunión espiritual» que aprendió en Barbastro: «Yo quisiera, Señor, recibirlos, con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los santos». No en vano repetiría, años más tarde, que la santa misa es el centro y la raíz de la vida interior. Lo era ya entonces en este seminarista de veinte años.

Estudio, oración, vida eucarística..., pero también vida mortificada. Éste era un tema sobre el que no hablaba nunca con sus compañeros. Sin embargo tenemos la narración de un suceso en el testimonio de un compañero que, a pesar de ser anecdótico, resulta orientativo sobre algo que de otra manera nos habría quedado oculto. «Los seminaristas comentaban –quizá con exageración pero también con un fondo de verdad– las mortificaciones que hacía. Recuerdo que un día alguien me dijo que había estado en su habitación y que le había encontrado un cilicio. Yo enseguida se lo conté a Josemaría, un poco indiscretamente, y él, poniéndose muy serio me dijo rotundamente: “Esto es de mal gusto hablarlo: son cosas que no deben comentarse”»<sup>30</sup>.

Suponemos que al joven seminarista le dolerían estos comentarios de algunos de sus compañeros, aunque había algo que le hacía sufrir mucho más y era el estado de su familia –sobre todo de su padre– en Logroño. «Josemaría, con su gran corazón, sufría al ver a su familia rodeada de un círculo de incomprendimientos. Mi hermano Antonio y yo procurábamos distraerle y hacerle la vida agradable pero, cuando volvía a Zaragoza después de pasar unos días en Logroño, o cuando recibía una carta, se le notaba preocupado. Él hacía lo posible por disimularlo pero nosotros lo notábamos: es imposible que estuviese tranquilo sabiendo que su padre tenía los pies hinchados y tenía que ir, con el frío de Logroño, desde su casa hasta los almacenes de Garrigosa que, aunque no estaban lejos, le obligaba a pisar la nieve»<sup>31</sup>. Y mientras su padre se consumía poco a poco

Josemaría, en Zaragoza, debía seguir la llamada de Dios, que quería algo de él aunque todavía no sabía qué...

## 6. La dignidad del sacerdocio

Aparece ya, con trazo firme y seguro, la alta concepción que tenía a sus veinte años no sólo de la vida del cristiano corriente sino, de manera muy particular, del sacerdote, de la dignidad del sacerdocio. Su educación, su porte cuidado, su limpieza, su vida de oración y de mortificación eran indicio de ello. También de que las motivaciones íntimas que le llevaron al seminario «eran un tanto diferentes a las del común de los compañeros. Él no pretendía en absoluto “hacer carrera”, en el sentido que entonces se decía entre algunos eclesiásticos, sino que miraba más allá»<sup>32</sup>.

Un condiscípulo a lo largo de un extenso relato nos habla de diversos temas de gran interés. Uno de ellos el de la visión sacerdotal del joven seminarista. «Josemaría, en cambio, con ser de inteligencia despierta y de brillante personalidad, no tenía el menor interés en hacer carrera con el sacerdocio y se notaba que buscaba solamente en el Seminario la correspondencia a algo que Dios le pedía. Para él hubiera sido muy fácil, después de ordenarse, preparar la oposición a una canonjía, luego participar en un Cabildo, o en la dirección de un Seminario, etc., pero no se sentía atraído por eso», actitud que, como indica más adelante, no era compartida o entendida por algunas personas, algunas de ellas eclesiásticos<sup>33</sup>.

Entre éstos había que contar, nada menos, que al rector del seminario, don José López Sierra. En el verano de 1921 había consignado en la hoja del libro *De vita et moribus* sobre Josemaría: «Piedad: Bien; Aplicación: Regular; Disciplina: Regular; Carácter: Inconstante y altivo, pero educado y atento; Vocación: parece tenerla»<sup>34</sup>. La Aplicación no concuerda con sus excelentes resultados, ni la Disciplina con los informes mensuales del inspector. Lo propio sucede con el Carácter. ¿Por qué, pues, esto? Indudablemente el rector del seminario dudaba de la vocación sacerdotal del joven Josemaría. Dudas que continuaron un tiempo más, como se deduce de una carta que dirige el 17 de octubre al rector del seminario de Logroño pidiendo informes sobre él:

«Tenga la bondad de informarme a la mayor brevedad posible al margen de este oficio sobre la conducta moral, religiosa y disciplinar del que fue alumno externo del Seminario de su digna dirección D. José M.<sup>a</sup>

Escrivá Albás, natural de Barbastro, hijo legítimo de D. José Escrivá y D.<sup>a</sup> Dolores, residentes en Logroño con todo lo demás que V. crea oportuno sobre la vocación al estado sacerdotal y cualidades personales, devolviéndome este oficio con el correspondiente informe. Dios gûe a V.I. ms. años. Zaragoza, 17 de octubre de 1921. José López Sierra. Rector»<sup>35</sup>.

La contestación es rápida: «Durante su permanencia en este seminario observó una conducta moral, religiosa y disciplinar intachable, dando pruebas claras de su vocación al estado eclesiástico. Dios gûe a V.I. ms. años. Logroño 20 de octubre de 1921. Gregorio Fernández. Vicerrector»<sup>36</sup>.

Esos eran, pues, los «terribles hachazos» que recibió. Como recordará en sus *Apuntes íntimos* unos años más tarde: «D. José López Sierra, el pobre Rector de S. Francisco a quien el Señor cambió de tal manera que, después de poner realmente todos los medios para que yo abandonara mi vocación (con intención rectísima hizo eso), fue mi único defensor contra todos»<sup>37</sup>.

Esa fue la tremenda lucha del joven seminarista, que tenía una familia arruinada primero, que pierde al padre de familia después, ante la indiferencia de otros muchos familiares, y cuyo rector duda de su vocación sacerdotal y hace todo lo posible para que abandonara el seminario. La situación llegará a ser tan crítica que el joven Josemaría llegará a dudar: «Quizá —si no hubieras estorbado mi salida del Seminario de Zaragoza, cuando creí haberme equivocado de camino—. Ésta es la clave para entender estos «hachazos» y cómo fue Dios el que quiso realmente que siguiera en el seminario a pesar de todo y de todos.

Tenía muy clara su vocación sacerdotal, pero ignoraba la razón última: «Y yo, medio ciego, siempre esperando el porqué. ¿Por qué me hago sacerdote? El señor quiere algo; ¿qué es? Y con un latín de baja latinidad, cogiendo las palabras del ciego de Jericó, repetía: *Domine, ut videam! Ut sit! Ut sit!* Que sea eso que Tú quieres y que yo ignoro. *Domina, ut sit!*»<sup>38</sup>.

Al terminar el curso académico 1921-1922 Josemaría vuelve a Logroño con su familia. También pasará unos días en Villel con la familia Moreno, que le consideraba uno más. Las cosas parecían discurrir con absoluta normalidad, al menos en apariencia. Porque en el mes de junio se habían quedado vacantes las dos plazas de inspectores del seminario de San Francisco de Paula y el cardenal Soldevila había designado como inspector primero a Josemaría y como inspector segundo a Juan José Gimeno Labarga.

Esta decisión no sorprende demasiado si se tiene en cuenta el aprecio que ya entonces tenía el cardenal Soldevila hacia Josemaría. Un compañero recuerda que «se notaba que el Cardenal Soldevila –entonces arzobispo de Zaragoza– le distinguía mucho. Cuando se encontraba con nosotros en el Seminario, en la Catedral o en cualquier otro lugar, solía dirigirse a Josemaría delante de los demás y le preguntaba cómo se encontraba, cómo le iban los estudios. Alguna vez oí que le decía “ven a verme cuando tengas un rato”. Lo sacaba a veces de las filas de seminaristas y hablaba con él como un amigo»<sup>39</sup>.

### **7. Josemaría como inspector del seminario. Curso 1922-1923**

Sin embargo lo establecido era que los inspectores debían ser clérigos, cosa que todavía no se daba en Josemaría. Por ello la víspera de la inauguración del curso, el 28 de septiembre de 1922, Josemaría recibió la tonsura de manos del cardenal Soldevila al terminar éste la misa en una capilla del palacio arzobispal, actualmente desaparecida por una serie de reformas posteriores. La ceremonia contó únicamente con un testigo, Manuel, criado de confianza del cardenal<sup>40</sup>.

Una vez recibida la tonsura empezó a usar la sotana con manteo y sombrero de teja, como le vemos en alguna fotografía de la época. Con frecuencia, mientras se vestía, besaba la sotana como signo de su amor al sacerdocio, hacia el que se encaminaba. El 17 de diciembre de ese año recibió las Órdenes menores (ostiaro, lector, exorcista y acólito) también de manos del cardenal Soldevila.

Tanto Josemaría como Juan José Gimeno, los nuevos inspectores, comenzaban aquel año el cuarto curso de Teología. Sin embargo Josemaría contaba sólo con veinte años mientras que su compañero, ordenado de Menores desde hacía dos, tenía veinticuatro. Josemaría desempeñará su cargo de inspector hasta la fecha de su ordenación, el 28 de marzo de 1925.

Los dos inspectores eran superiores de todos, mas había una prelación. En ausencia del rector el inspector primero era la máxima autoridad del seminario. Los inspectores se encargaban de la disciplina interna: vigilar el estudio, llevar a los seminaristas a clase o a diversos actos, acompañarles de paseo, etc.

Precisamente cuando hacían un paseo largo «fingía no darse cuenta si alguno se apartaba de las filas para fumar disimuladamente, porque com-

prendía que aquello no tenía una gran trascendencia y eran lógicas expansiones de chicos jóvenes, como éramos». Don Agustín Callejas, que es quien nos informa de esto, menciona a continuación su afición al fútbol, que era conocida y tolerada en el seminario. «Para poder asistir a aquellos partidos, cuando los seminaristas se iban de paseo yo me quedaba en la habitación y salía después como podía. Cuando a la hora de cenar nos encontrábamos, Josemaría me decía con media sonrisa, una sonrisa cariñosa y muy característica de él: “¿Qué, Agustín, también hoy te has encontrado mal y no has podido venir de paseo?”; yo asentía, bromeando. Eran pequeñas cosas, no autorizadas expresamente, pero permitidas de hecho y que no dañaban a nadie. Allí se veía el gran compañero que era Josemaría para todos, su amistad y comprensión, y se manifestaba aquel amor a la educación en la libertad que luego ha practicado en toda su vida. De otra parte, cuando era necesario exigir y mantener la disciplina, lo hacía»<sup>41</sup>.

El rector del seminario, don José López Sierra, consideraba en 1948 que en su labor como inspector Josemaría había sido «forjador de jóvenes aspirantes al sacerdocio», como después lo sería de «jóvenes seglares». «Su lema era ganar todos para Cristo, que todos fueran uno en Cristo, y sí que lo consiguió con su correcto proceder: no era partidario de castigos, siempre dulce y compasivo, su mera presencia siempre atrayente y simpática contenía a los más indisciplinados, una sencilla sonrisa, acogedora, asomaba por sus labios, cuando observaba en sus seminaristas algún acto edificante, sin embargo una mirada discreta, penetrante, triste a veces, y muy compasiva, reprimía a los más díscolos. Con esta sencillez y suavidad encantadora iba formando a sus jóvenes seminaristas»<sup>42</sup>. Teniendo en cuenta que Josemaría, a sus veinte años, era más joven que algunos de esos «jóvenes seminaristas».

Pero el cargo de inspector, también conocido con el nombre de director, no le distanció de sus compañeros. «Cuando le nombraron Director, no cambió nada: siguió siendo el mismo buen compañero que se comportaba con naturalidad, muy afectuoso con todos», según don Dionisio Herrando. De una opinión parecida es don Aurelio Navarro: «Recuerdo que los dos últimos años que estuve en el Seminario era nuestro Inspector y lo recuerdo con simpatía porque se portaba muy bien: era un buen compañero. Josemaría, a pesar de la autoridad que tenía –y de su indudable sentido de la responsabilidad– no castigaba nunca. Procuraba mantener la disciplina sin actitudes duras: a veces sus reconvenciones eran como una súplica. Era un papel difícil porque era necesario corregir o arreglar las cosas sin que fuera necesario acudir al Rector y esto le podía poner –como

yo creo que alguna vez le puso— en una situación algo violenta. También recuerdo que presidía la comida porque el Rector no estaba nunca en el comedor y, usando de sus facultades, nos permitía, en cuanto había un pequeño motivo, interrumpir la lectura y hablar, lo que nos agradaba mucho»<sup>43</sup>.

Otros testimonios corroboran lo ya expuesto, abundando en su sencillez y en el uso de la autoridad con afabilidad. Pero hay dos aspectos importantes que nos refiere don Jesús Val que merecen ser destacados, como son su paciencia y comprensión con unos y su obediencia sin fisuras con sus superiores: «No recuerdo haberle visto nunca enfadado. Creo que lo puedo señalar como una buena cualidad porque motivos —aunque fuesen pequeñas cosas— los había. Podía estar justificado el enfado de un Inspector de cuando en cuando. Nunca lo vi enfadado. Posiblemente le costaría este dominio de su temperamento.

«Tampoco le oí murmurar. Nunca vi que se quejase de que el rectorado hubiese determinado una cosa u otra»<sup>44</sup>.

Como inspector debía redactar mensualmente un Informe sobre la conducta observada por los seminaristas en piedad, aplicación, disciplina y vocación. Al dorso, en ocasiones, se relacionan los castigos impuestos por el rector y por el inspector, así como los motivos que los causaron.

De Josemaría se conservan diecinueve informes manuscritos que corresponden a la totalidad de los meses comprendidos entre octubre de 1922 y marzo de 1925, excluyendo los períodos de vacaciones<sup>45</sup>.

Al comparar sus informes con los realizados por otros inspectores cabe realizar dos observaciones. La primera es la de la asiduidad. Realiza los informes todos los meses del curso académico, a diferencia de los demás, que no son tan regulares. La segunda es la gran profundidad de los informes de Josemaría. Así no se limita a calificar y a anotar los castigos sino que hace sabrosísimas reflexiones sobre el comportamiento de algunos seminaristas o sobre la marcha general del seminario, que ponen de manifiesto una honda visión sobrenatural, una grandísima preocupación por los seminaristas, un gran sentido positivo y una madurez superior a la habitual en personas de su edad.

Don José María Román Cuartero, que había entrado en el seminario de Zaragoza en 1920, a la vez que Josemaría, recuerda algunos detalles de la vida cotidiana del nuevo inspector: «Como director en el Seminario tenía derecho a que le asignasen un fámulo y yo fui designado para este trabajo,

que consistía en atenderle, hacerle la cama por las mañanas y servirle la comida. Tenía habitación aparte, al final del pasillo de las habitaciones de los demás alumnos, y con el otro director comía en el comedor general, pero en mesa separada».

«Recuerdo que era muy educado, el más cuidadoso de todos y vestía impecablemente». Le impresionaron, además, su bondad y paciencia: «Recuerdo, por ejemplo, cuando él se daba cuenta de que yo estaba enfadado por la manera de extender las sábanas sobre el colchón, sin detenerme en otros preparativos, cuando le hacía la cama, y cómo entonces me decía alguna frase cariñosa o me hacía una broma. También recuerdo cómo compartía su comida conmigo, porque los directores tenían una comida especial, sin echármelo en cara. Me doy cuenta ahora de que hacía estas mortificaciones sin que se notase, de manera natural»<sup>46</sup>.

Don Clemente Cubero, que también fue fámulo, escribe que «era muy educado, culto, inteligente y piadoso. En su curso debían ser unos catorce alumnos, de los que seis eran sobresalientes; creo poder decir que hay puntos en que Josemaría los superaba a todos: en viveza –era muy listo, muy ágil mentalmente– y también en una virtud que yo llamaría diplomacia, un arte prudente por el que solía tratar a la gente, decir la palabra adecuada o tener la actitud oportuna con cada uno»<sup>47</sup>.

Un aspecto nuevo nos lo descubre don Arsenio Górriz, por aquel tiempo fámulo de don Antonio Moreno, vicepresidente del seminario de San Carlos. Al encontrarse la habitación de Josemaría un poco separada de la de los demás, «aprovechando el recreo que había por la noche, a última hora, o en los días de fiesta, venía con nosotros y se organizaban pequeñas tertulias con los tres o cuatro fámulos que servíamos a los directores del San Carlos. Nos solíamos reunir precisamente en mi cuarto. En estas tertulias lo que hacíamos era simplemente charlar de todas las cosas propias de nuestra edad, de nuestros estudios y de la vida del Seminario. Josemaría tenía un gran sentido del humor: era muy bromista»<sup>48</sup>. Por tanto era frecuente que tuvieran tertulias vespertinas don José María Román, don Clemente Cubero, don Arsenio Górriz, Josemaría y alguno más.

También acostumbraba a tener buenos ratos de conversación con don Agustín Callejas: «Recuerdo las veces en que entraba en mi habitación para simplemente pasar un rato de tertulia, leerme cosas que había escrito porque sabía que me gustaban y que participaba de sus mismas inquietudes culturales»<sup>49</sup>. Se entiende bien esta afinidad con don Agustín entre otras cosas porque éste cursó, más adelante, los estudios de Magisterio y

Filosofía en la Universidad civil. Inquietud universitaria que también compartía Josemaría, que pensaba estudiar Derecho, aunque aguardaba pacientemente a finalizar sus estudios eclesiásticos antes de matricularse.

Ese año conoció a Antonio Mainar Lozano, seminarista del Conciliar, compañero de curso. «Yo debí conocer al Padre en el año 1923 porque entonces fue cuando pude reanudar los estudios en el Seminario, tras unos años de interrupción, durante los cuales hice el servicio militar en Marruecos. Comenzamos ambos, en esa fecha, el cuarto curso de Teología y, aunque él estaba en el Seminario de San Francisco de Paula y yo en el Conciliar, simpatizamos mutuamente. Muchas veces me ha dado la impresión, al recordarlo, que debió llamarle la atención el uniforme con el que me conocí: el que utilizaban entonces los soldados españoles en África. El hecho es que frecuentemente hablábamos tanto de temas que podríamos llamar profesionales –del estudio y de la vida en los seminarios– como de cosas pasadas por mí en África, que él escuchaba con agrado. Recuerdo que le decía –y él lo comprendía bien– que mi experiencia me había llevado a querer cada vez más mi vocación de sacerdote. Por esas conversaciones con él, en el Seminario me tenían por un amigo confidencial suyo»<sup>50</sup>.

Una de las principales ventajas de su cargo de inspector fue una mayor libertad de movimientos. Así podía seguir visitando a la Virgen del Pilar casi a diario, costumbre que arraigará profundamente en él y se intensificará a partir del curso 1923-1924.

En 1970 san Josemaría escribe un artículo titulado «Recuerdos del Pilar», que publica «El Noticiero». En él se narra una anécdota muy significativa. Dice así: «Como tenía buena amistad con varios de los clérigos que cuidaban de la Basílica, pude un día quedarme en la iglesia después de cerradas las puertas. Me dirigí hacia la Virgen, con la complicidad de uno de aquellos buenos sacerdotes ya difunto, subí las pocas escaleras que tan bien conocen los infanticos y, acercándome, besé la imagen de nuestra Madre.

«Sabía que no era esa la costumbre, que besar el manto se permitía exclusivamente a los niños y a las autoridades: entonces, cuando el Cardenal Soldevila ya me había nombrado Director del viejo y queridísimo Seminario de San Francisco, no había recibido ni las órdenes menores, sólo la tonsura. Sin embargo, estaba y estoy seguro de que a mi Madre del Pilar le dio alegría que me saltara por una vez los usos establecidos en su catedral»<sup>51</sup>.

Otra ventaja que le reportaba ser inspector era poder pasar a la zona del seminario de San Carlos, desde la que le era fácil acceder a unas tribunas que daban a la iglesia y ahí recogerse en oración tras las rejillas que las protegían. Allí tenía ocasión de pasar largos ratos rezando por la noche sin que nadie lo advirtiese. En 1960, al visitar Zaragoza con motivo de la concesión por parte de la Universidad de Zaragoza del doctorado *honoris causa*, aprovechó para visitar de nuevo el seminario de San Carlos. Dentro de la iglesia, emocionado, señaló una tribuna a la derecha del altar mayor y comentó: «Aquí he pasado yo muchas horas rezando por las noches».

Sin embargo se equivocaría quien pretendiese ver en él algún tipo de alarde o de ostentación. Así lo expresa, con rotundidad, un compañero: «Su vida interior era, sin embargo, eso: interior. No gustaba ya entonces de alardes ni ostentaciones, sino que trataba de pasar inadvertido. Pienso que es éste uno de los más importantes rasgos que definen su vida y también el espíritu que ha dejado: su absoluta normalidad, la enorme naturalidad de su comportamiento; por eso se equivocaría quien pretendiera buscar en su vida de entonces «manifestaciones» de santidad, si por eso se entiende la existencia de signos llamativos, poco corrientes aunque no sean extraordinarios»<sup>52</sup>.

## 8. Asesinato del cardenal Soldevila, 4 de junio de 1923

El curso estaba a punto de finalizar. Una vez más Josemaría estaba obteniendo unas calificaciones excelentes: *meritissimus* en todas las asignaturas —«Exegesis Veteris Testamenti», «De Deo Uno et Trino», «Theologia Moralis Sacramentalis» y «Paedagogia Catechetica»—.

Un acontecimiento trágico sobrecogió a Zaragoza y a España entera: el asesinato del cardenal Soldevila el 4 de junio de 1923. Se dirigía don Juan Soldevila al Terminillo, unas escuelas próximas a Zaragoza que había fundado. En la entrada a las mismas el coche en que iba fue acribillado, quedando gravemente heridos un familiar y el conductor, muriendo el cardenal. El joven Josemaría pasó la noche velando su cadáver.

Cinco días más tarde se celebró en el Pilar un solemne funeral con la asistencia de numerosas autoridades religiosas, cardenales y obispos, representantes del nuncio, del Parlamento, del Gobierno y del ayuntamiento. Al mismo asistió Josemaría, que rezó intensamente por su prelado y amigo.

Don Juan Soldevila y Romero, nacido en 1843, era arzobispo de Zaragoza desde 1901. El 15 de diciembre de 1919 el papa Benedicto XV le elevó al cardenalato. En la diócesis de Zaragoza realizó una gran labor al poner orden en los capítulos eclesiásticos de la ciudad y en las parroquias, así como en la dirección y organización de los seminarios. Dio un fuerte impulso a la labor pastoral del clero.

Contó con la colaboración de los religiosos para la formación de la juventud, apoyándose en sus colegios y asociaciones, muy numerosas y activas. Esto se amplía con la instalación del primer grupo de la «Asociación Católica Nacional de Propagandistas», que irá cobrando progresiva importancia. Durante unas décadas su presencia será vital para la ciudad.

Por último es preciso decir que fue senador del Reino, interviniendo en favor de la solución de numerosos problemas zaragozanos. Don Juan Soldevila se hizo presente en los conflictos sociales procurando serenar el ambiente, propenso a soluciones radicales. Alentó, por ello, la actuación de los católicos a través de «Acción Social Católica», germen de otros movimientos. Este luctuoso episodio conmocionó de forma muy particular a los seminaristas. La violencia callejera y el pistolerismo aparecido en Zaragoza en 1920 había remitido en 1922, para volver con virulencia al año siguiente. La ciudad contaba con varios miles de afiliados a la C.N.T., el sindicato anarquista. Pero el horario apretado de los seminaristas y su relativa incomunicación con la sociedad –no recibían periódicos, por ejemplo– les impermeabilizaba mucho.

La sede de Zaragoza quedó vacante durante dos años, en los que asumió el gobierno de la archidiócesis el vicario capitular don José Pellicer Guúu.

## 9. El verano de 1923 en Logroño

Los estudios de Derecho comenzaban por aquel entonces con un curso preparatorio que dependía de la Facultad de Filosofía y Letras. Para presentarse a él Josemaría recibió clases particulares durante ese verano de 1923 en Logroño, junto con José Luis Mena, que iba a comenzar también ese curso los estudios de Derecho. Las preparaba el padre de José Luis, amigo de don José Escrivá.

«Durante todo el verano de 1923 nos reuníamos diariamente con mi padre que nos ayudaba a preparar los exámenes que íbamos a rendir en septiembre. No era propiamente una clase, era una hora u hora y media, que pasábamos conversando sobre Literatura: era la asignatura más fuerte

que debíamos hacer». Comenzaban a las once o a las doce de la mañana; Josemaría llegaba siempre puntual. Con el padre de José Luis Mena repasaban los distintos temas; «alguna vez mi padre se extendía contándonos alguna cosa que hubiese leído»<sup>53</sup>.

En septiembre Josemaría se presentó a examen y consiguió aprobar. Sacó un notable en «Lenguaje y Literatura españolas» y un sobresaliente en «Lógica fundamental». Podía, por consiguiente, matricularse en Derecho. Hay que señalar que había finalizado los estudios institucionales de Teología, porque el curso que iba a hacer, quinto, era opcional. Compaginaria, durante un año, sus estudios de Teología y Derecho.

Aquel mes de septiembre, con el visto bueno del rey de España, Alfonso XIII, el capitán general de Barcelona, don Miguel Primo de Rivera, implanta la Dictadura.

#### 10. El curso 1923-1924: quinto de Teología y primero de Derecho

Los profesores de quinto de Teología eran excepcionales: don Práxedes Alonso Zaldívar, don Vicente Cardenal Merino y don Elías Ger Puyuelo.

El primero de ellos, don Práxedes Alonso Zaldívar, natural de Nájera, se encargaba de la asignatura de Teología Moral «Casus Conscientiae». Explicaba en clase –lo que no había sido la tónica general en años anteriores– y hacía vivir la asignatura a sus alumnos. Por lo general realizaba una exposición al principio y luego hacía hablar a los alumnos.

Don Vicente Cardenal Merino, de unos sesenta años, profesor de Teología Dogmática, explicaba las «Quaestiones disputatae» (la asignatura era «Disquisitiones Theologicae»). De sólida formación, sus clases eran de gran profundidad.

El último de ellos, don Elías Ger Puyuelo, zaragozano, doctor en Derecho Canónico y profesor de Instituciones canónicas, era un buen profesor. Tenía un indudable sentido práctico y una gracia indiscutible. Trabajaba, además, en apostolados de acción social.

De él es una anécdota que transcribimos del libro de Andrés Vázquez de Prada:

«Un día, en medio de la clase, les narró una extraña historieta:

—Érase un hombre que tenía un molino de canela. La moltura era finísima, gracias a las piedras, que eran muy especiales. Pero llegó un mo-

mento en que las piedras se desgastaron y, como no había otras de recambio, no pudo seguir moliendo. (Hay que decir que esas piedras venían de Alemania y no eran fáciles de adquirir).

»Pasó sus congojas el molinero, con el taller silencioso y la canela por refinar. Hasta que un amigo, viéndole tan triste, le dio un buen consejo: –Mira, molinero, ¿por qué no te acercas a la orilla del torrente y buscas unos cantos parecidos a las piedras alemanas? Te las traes luego a casa, las ajustas y –sin poner todavía la canela– mandas a tu hijo que les dé vueltas y más vueltas por unos días.

»Así lo hizo, y cuando inspeccionó el molino de canela vio que las piedras se habían ido puliendo una contra otra, y que quedaron la mar de lisas... ¡como las de Alemania!

»Repusó don Elías y concluyó: –Así trata Dios a los que quiere... ¿Me entiendes, Escrivá?, ¿me entiendes?»<sup>54</sup>.

Le había entendido perfectamente. Era inevitable que en la convivencia ordinaria se produjeran algunos roces. Ignoramos si esto era un apunte de don Elías en general o tendría algo que ver con un pequeño altercado –el único conocido– que Josemaría había tenido con otro seminarista, don Julio Cortés. El rector del seminario anotó lo sucedido: «Tuvo una reyerta con don Julio Cortés, y se le impuso el correspondiente castigo, cuya aceptación y cumplimiento fue una gloria para él, por haber sido a mi juicio su adversario quien primero y más le pegó, y profirió contra él –contra don Josemaría– palabras groseras e impropias de un clérigo, y en mi presencia le insultó en la Catedral de la Seo»<sup>55</sup>. Años más tarde, el 8 de octubre de 1952, don Julio Cortés escribió a san Josemaría Escrivá desde Jaén pidiéndole perdón por aquel incidente<sup>56</sup>.

En lo referente a sus estudios de Derecho, a pesar de haberse matriculado como alumno libre asistió frecuentemente a clase. Don Miguel Sancho Izquierdo, catedrático de Derecho Natural y Filosofía del Derecho, tuvo ocasión «de verle asiduamente en clase y de examinarle. No recuerdo anécdotas o sucesos específicos de aquella época; sí, en cambio, guardo una imagen general de su figura: era inteligente, bien dotado, buen estudiante, con una personalidad que se advertía apenas uno lo trataba un poco»<sup>57</sup>.

Don Carlos Sánchez del Río y Peguero, que era a la sazón secretario general de la Facultad de Derecho, recuerda que san Josemaría Escrivá le fue a «consultar sobre los estudios que quería hacer [...]. De aquel primer

encuentro ya me quedó la impresión –que luego fue confirmando– de su personalidad distinguida, su aspecto elegante, su naturalidad, sin ninguna afectación, ya que no era nada –absolutamente nada– pretencioso, sino al contrario, sencillo y alegre [...]. Sus respuestas a cualquier pregunta eran espontáneas y rápidas. Suponían una gran agilidad mental [...]. Formé parte de los Tribunales que le examinaron de Derecho Canónico y de Derecho Romano (los exámenes de alumnos libres eran siempre con Tribunal). Ambos tribunales los formamos D. Juan Moneva, D. José Pou de Foxá y yo. Recuerdo que, al empezar el examen de Canónico, D. Juan Moneva, catedrático de esa asignatura, se dirigió a él en latín preguntándole si quería hacer el examen en ese idioma; sin vacilar le contestó que sí y así lo hizo: sus contestaciones estuvieron muy bien, eran concretas y concisas; en un latín correcto respondía con rapidez, de forma breve y clara; fue un examen brillante»<sup>58</sup>.

Con algunos de estos profesores surgirá pronto una amistad que durará toda la vida, sobre todo con don José Pou de Foxá, don Juan Moneva y Puyol y don Miguel Sancho Izquierdo.

También hizo amistad con muchos compañeros de curso, entre los que cabe destacar a Luis Palos Yranzo, José Antonio Giménez Arnau y su hermano Enrique, Juan Antonio Iranzo y Pascual Galbe de los Huertos. Como señala don Luis Palos Yranzo, que lo conoció al comenzar Josemaría sus estudios de Derecho, tenía un extraordinario don de gentes «que le llevaba enseguida a trabar amistad con todos y a impulsarlos humana y sobrenaturalmente, fuera el que fuese el ambiente en que se encontrara».

Solía ir a clase casi diariamente. «Y siempre –éste es el recuerdo que guardo, como si lo estuviese viendo ahora– estaba rodeado de cinco o seis estudiantes. Porque yo entiendo que Josemaría en su paso por la Universidad iba movido por una doble finalidad: hacer sus estudios, acabar su carrera con intensidad y bien, pero además ayudar a todos en todos los aspectos, también por supuesto en el espiritual, haciendo además que entre nosotros nos conociésemos más y nos tratáramos y nos ayudáramos en lo que podíamos: estudios, apuntes, etc.

«Tenía unas condiciones fuera de lo corriente para atraer a la juventud y él la cultivaba, se daba con todo empeño a esa gente joven. Me parece verle aún por los claustros de la Universidad antigua, en la plaza de la Magdalena, paseando siempre con un grupo, o por la Biblioteca ya desaparecida de Cerbuna. Indiscutiblemente ejerció un atractivo humano muy fuerte sobre todos nosotros. Tenía una mentalidad muy abierta, un espíritu muy universal»<sup>59</sup>.

Esta amistad se demostraba también en otros muchos detalles, evidenciando en ocasiones una gran generosidad por su parte. Esto lo comprobamos, por ejemplo, en lo que recuerda Domingo Fumanal, compañero de carrera: «nos encontrábamos en una ocasión en un aprieto para poder examinarnos de Derecho Canónico porque debíamos saber el suficiente latín para traducir los cánones. El profesor Moneva –el catedrático de Derecho Canónico– nos los preguntaba en latín. Josemaría se prestó a darnos clase. Recuerdo que nos estuvo dando clases –íbamos Juan Antonio Iranzo, alguien más y yo– en el Seminario de San Carlos, en su habitación. Creo que no nos cobró nada a pesar de que no andaba sobrado de recursos [...]. Hablando tiempo después con mi padre, supe de las dificultades económicas por las que atravesaba su familia –carente de bienes de fortuna y sostenida gracias al trabajo de Josemaría– y eso me hizo admirar más su comportamiento, ya que en todo el tiempo en el que le traté no manifestó jamás los apuros que tendría que pasar»<sup>60</sup>.

No cabe extrañarnos, por tanto, de que supiera aprovechar cualquier ocasión para entablar relaciones de amistad. Como ocurrió con monseñor López Ortiz, que conoció a Josemaría en junio de 1924. Don José López se había ordenado de presbítero recientemente y por indicación de sus superiores se había matriculado en Derecho. «Durante el curso había trabajado con mis libros y apuntes, y en junio fui a rendir examen a Zaragoza: allí le conocí y traté durante los ocho o diez días que duró mi estancia en aquella ciudad.

»Se inició nuestra amistad de un modo muy corriente; casi todos los temas que tratamos entonces fueron cuestiones relacionadas con las asignaturas de la carrera, las características de los profesores, etc.: lo normal en vísperas de unos exámenes. Josemaría estaba muy bien preparado y conocía un ambiente que para mí era desconocido; generosamente, como lo más natural, me daba valiosas orientaciones sobre los distintos temas referentes a los estudios, mientras paseábamos por aquellos claustros de la Universidad.

»En esos días sintonizamos de manera plena, y nos hicimos francamente amigos, sabiendo que esa amistad iba a perdurar: pienso que los dos presentimos que siempre seríamos amigos». Un poco más adelante hace una precisión importante desde nuestro punto de vista: «En la Facultad observé que todos le conocían, y además por su carácter comunicativo y alegre se veía que era muy apreciado»<sup>61</sup>.

En junio de aquel año 1924 terminó sus estudios de Sagrada Teología. Fue un digno remate ya que consiguió la máxima calificación, *meritissimus*, en las tres asignaturas, «Disquisitiones Theologicae», «Institutiones Canonicae» y «Casus Conscientiae».

De veinte asignaturas que había estudiado en el seminario de Zaragoza había obtenido en dieciséis la máxima calificación, *meritissimus*, en dos *benemeritus* y en otras dos *meritus*. Se trata, por tanto, de un expediente muy brillante. En opinión de don Francisco Moreno, «hizo bien los estudios y sus notas fueron brillantes, sin necesidad de esforzarse excesivamente»<sup>62</sup>.

Unos días más tarde, el 14, el obispo don Miguel de los Santos Díaz Gómara le confirió el subdiaconado en la iglesia de San Carlos. Era su primera orden mayor.

Al igual que el cardenal Soldevila en su momento o el rector del San Francisco de Paula, don Miguel de los Santos tenía gran aprecio por el nuevo subdiácono. Don Jesús López Bello, seminarista que se sentó junto a Josemaría en el comedor hasta que éste fue nombrado inspector y uno de sus mejores amigos en el seminario, pasó a ser fámulo de don Miguel de los Santos. En su testimonio señala la estima del presidente del seminario de San Carlos y obispo auxiliar por Josemaría<sup>63</sup>.

En abril se matriculó de la asignatura «Historia de España», que conocía muy bien por sus estudios de bachillerato y sus abundantes lecturas, ya que siempre le había apasionado la Historia. Era la tercera asignatura del curso preparatorio, que se hacía en la Facultad de Filosofía y Letras. Como es lógico no había tenido obligación de asistir con regularidad antes de dicha fecha, aunque lo había hecho como oyente. Sin embargo el profesor se negó a examinarle por tomarlo como una afrenta personal. Por amigos comunes intentó hacerle desistir de presentarse a examen. Josemaría, admirado y teniendo un elevado sentido de la justicia, se presentó. Y fue suspendido sin dejarle hacer el examen. Unos meses más tarde, en septiembre, el mismo profesor le hizo saber antes del examen –a través de los mismos amigos comunes– que estaba aprobado con sólo ir al examen. Aprovechó el verano para estudiar intensamente. En septiembre, por tanto, acabó el curso preparatorio y aprobó las seis primeras asignaturas de la carrera de Derecho, obteniendo matrícula de honor en «Derecho Romano» y «Derecho Canónico», sobresaliente en «Economía Política», notable en «Derecho Natural» y aprobado en «Historia del Derecho» y «Derecho Civil I».

A partir de ahora comenzaría a prepararse para recibir las órdenes mayores a la vez que realizaba diligentemente su cometido como inspector en el seminario y proseguía sus estudios de Derecho, ahora ya en segundo.

### **11. La muerte de José Escrivá. El diaconado**

En este curso académico Josemaría se preparaba para su ordenación sacerdotal. Primero debía ser ordenado como diácono y desempeñar este ministerio durante unos meses. Más tarde sería ordenado como presbítero.

Pero se produjo una noticia totalmente inesperada. Doña Dolores, al ver el estado de su marido, había pedido a un compañero de su marido, Manuel Ceniceros, que pusiera un telegrama a Josemaría. Ese mismo día 27 de noviembre de 1924 por la tarde Josemaría cogía el tren a Logroño. Ya había entrevisto el fatal desenlace cuando el presidente del seminario, monseñor Díaz Gómara, le comunicó el contenido del telegrama y la urgencia de su marcha. Al llegar a Logroño le esperaba en la estación Manuel Ceniceros, que le acompañó a casa de sus padres y, antes de entrar, le contó que su padre había fallecido.

Antes de salir para el trabajo y después de jugar un poco con Santiago, su hijo pequeño, don José Escrivá saludó a una imagen de la Virgen de la Medalla Milagrosa y falleció. De una manera parecida moriría su hijo Josemaría años más tarde, después de saludar a la Virgen de Guadalupe.

Josemaría se encargó de todo lo referente al funeral y entierro. Como la situación económica de la familia no era muy desahogada tuvo que pedir prestado dinero para el entierro a un sacerdote amigo, cantidad que devolvió en cuanto le fue posible.

Cincuenta años más tarde, en una tertulia con padres de familia en Buenos Aires les dirá: «Tengo un recuerdo encantador de mi padre, que se hizo amigo mío. Y por eso yo aconsejo lo que he vivido: haceos amigos de vuestros hijos»<sup>64</sup>. De él aprendió muchas virtudes humanas y sobrenaturales. El ejemplo de su vida, su respeto a su decisión de ordenarse, su ayuda continua y estimulante quedarían grabadas en su memoria y en su corazón.

Por tanto no pudo su padre asistir a la ordenación de su hijo. Un deseo tantos años vivamente alimentado. Ni siquiera contempló la ceremonia en que su hijo fue ordenado como diácono unas semanas más tarde, el 20 de

diciembre, por don Miguel de los Santos Díaz Gómara, en la iglesia del seminario de San Carlos. Don Josemaría se impresionó mucho un día en el que tuvo que coger con sus manos la Sagrada Forma para colocarla en el viril y luego, cuando impartió la bendición, con una piedad que arrasaba a los presentes. Al tocar por primera vez el Cuerpo del Señor se había conmovido mucho, también externamente: le habían temblado las manos.

Don Josemaría comenzó a hacer las gestiones oportunas para que su madre y hermanos se trasladaran a vivir a Zaragoza. Al fallecer su padre él había quedado como cabeza de familia y debía permanecer en el seminario de San Francisco hasta su ordenación sacerdotal, ya próxima. De ahí que se estimara conveniente el traslado de doña Dolores, Carmen y Santiago a Zaragoza. Por diversas circunstancias éste no se pudo realizar hasta el mes de enero de 1925, cuando se instalaron en un modesto piso que Josemaría había alquilado en la calle Urrea, cercana al seminario.

Una de las primeras visitas que hicieron don Josemaría y su hermana Carmen en Zaragoza fue al tío Carlos para informarle del traslado. No le debió agrandar mucho el que hubieran tomado esa determinación sin haberle consultado. Pero no es menos cierto que no tenían ningún tipo de obligación para obrar así<sup>65</sup>.

## **12. Su ordenación sacerdotal el 28 de marzo de 1925.**

### **Primera misa en el Pilar**

Después de participar el 18 de marzo en unos ejercicios espirituales preparatorios junto con los demás ordenandos –unos diez–, por fin, el 28 de marzo de 1925, sábado, tuvo lugar la ceremonia de la ordenación sacerdotal, conferida por don Miguel de los Santos Díaz Gómara, en la iglesia del seminario de San Carlos<sup>66</sup>.

Dos días más tarde, el 30 de marzo, celebra su primera misa en la basílica del Pilar en sufragio por el alma de su padre. Don José López Sierra, rector del seminario, testigo cualificado de la misma, nos lo cuenta: «Llegado el día, sin invitación alguna por reciente luto de familia, celebra su primera Misa en la Santa y Angélica Capilla de Ntra. Señora del Pilar de Zaragoza. Dos Señores Sacerdotes, amigos de sus Sres. Padres, fueron sus padrinos de Altar: para el nuevo Presbítero el primero era su Rector, mas ¿cómo dejar solos a aquella madre hecha un mar de lágrimas, que a veces parecía desmayarse; y aquellos dos tiernos jovencitos, hermanito y herma-

nita que le acompañaban? Decliné tal honor, y de rodillas los cuatro sin pestañear siquiera, inmóviles toda la Misa, contemplábamos los ademanes sagrados de aquel ángel en la tierra, que por primera vez ofrecía su sacrificio por aquel buen padre, que había perdido en la tierra, y que le estaba contemplando desde el Cielo»<sup>67</sup>.

Debieron asistir unas doce personas, entre ellas su madre, su hermana Carmen, Santiago, dos amigas de Carmen, don Juan Moneva y Puyol, su mujer y una hija suya.

El mismo día, 30 de marzo, don Josemaría fue destinado a Perdiguera, un pueblo situado a unos 24 kilómetros de Zaragoza, al encontrarse su párroco, don Jesús Martínez, ausente por grave enfermedad –murió en mayo de ese mismo año–. Don Josemaría preparó su equipaje para salir al día siguiente hacia Perdiguera, donde iba a ser regente auxiliar de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción.

No era esto lo habitual en los sacerdotes recién ordenados, máxime teniendo en cuenta que en aquella época no había escasez de clero. Además aquella medida suponía un duro revés para sus estudios de Derecho de aquel año y también para el mantenimiento de su familia, trasladada a Zaragoza recientemente. Pero don Josemaría lo aceptó con docilidad y diligencia, ilusionado por comenzar su labor sacerdotal.

### **13. Perdiguera, su primer destino eclesialístico**

Perdiguera se sitúa al nordeste de Zaragoza, en el extremo occidental de la comarca de los Monegros, entre la sierra de Alcubierre y el valle inferior del río Gállego. Su relieve es poco accidentado. La población se concentra en un único núcleo urbano, con casas de dos pisos, unas junto a otras, alineadas en estrechas calles. Debía tener aquel año unos ochocientos habitantes.

Don Teodoro Murillo, un muchacho de catorce años por aquel entonces, hijo del sacristán, nos narra su llegada: «Por el mes de marzo de 1925 se encontraba el Párroco, don Jesús Martínez Pirrón, ausente de Perdiguera, por enfermedad. Fue nombrado Regente Auxiliar D. Josemaría Escrivá de Balaguer. El día 31 de marzo, martes de Pasión, llegó D. Josemaría de Zaragoza en el coche correo; era un coche tirado por mulas. Mi padre se encontraba enfermo aquellos días, y yo le recibí en casa, cuando llegó a buscarle.

»Vivió, durante el tiempo que estuvo en este pueblo, con una familia de campesinos: Saturnino Arruga, su mujer Prudencia Escanero y un hijo, todos fallecidos. La casa en que vivían se ha conocido siempre como “casa de las mangas”. Estuvo en Perdiguera hasta el 18 de mayo de 1925. Recuerdo que esta familia habló siempre de él con un grandísimo afecto y admiración»<sup>68</sup>.

Diariamente se sentaba en el confesonario un buen rato antes de celebrar la santa misa, ayudado habitualmente por Teodoro Murillo. Le importaba poco que el número de asistentes no fuera muy crecido. Todos los cristianos, por la Comunión de los Santos, reciben las gracias de cada misa, tanto si se celebra ante miles de personas o si ayuda al sacerdote como único asistente un niño, quizá distraído.

Además don Teodoro Murillo recuerda que «todas las tardes, en la iglesia, exponía el Santísimo Sacramento, suscitando en los fieles la piedad hacia el Señor en la Sagrada Eucaristía, y rezaba el Santo Rosario. Todos los jueves había Hora Santa»<sup>69</sup>.

En menos de dos meses visitó a todas las familias del pueblo, preocupándose de manera especial por los enfermos. Por aquella época sólo se llevaba la sagrada Comunión a los enfermos graves y esto se hacía procesionalmente. Por el contrario don Josemaría la llevaba a todos los enfermos que la pidiesen y en privado.

También dedicó abundante tiempo a la catequesis de niños, preparando un grupo de primera Comunión y de adultos. Por lo general lo hizo en grupos, aunque alguna vez también lo hizo con uno solo, como es el caso del hijo de Saturnino Arruga, que era pastor. Años más tarde evocaba este sucedido: «Me hospedé en casa de un campesino muy bueno. Tenía un hijo que todas las mañanas salía con sus cabras, y me daba pena ver que pasaba todo el día por ahí, con el rebaño. Quise darle un poco de catecismo, para que pudiera hacer la Primera Comunión. Poco a poco, le fui enseñando algunas cosas.

»Un día se me ocurrió preguntarle, para ver cómo iba asimilando las lecciones:

–Si fueras rico, muy rico, ¿qué te gustaría hacer?

–¿Qué es ser rico?, me contestó.

–Ser rico es tener mucho dinero, tener un banco.

–Y... ¿qué es un banco?

»Se lo expliqué de un modo simple, y continué:

–Ser rico es tener muchas fincas y, en lugar de cabras, unas vacas muy grandes. Después ir a reuniones, cambiarse de traje tres veces al día... ¿Qué harías si fueras rico?

»Abrió mucho los ojos, y me dijo por fin:

–Me comería ¡cada plato de sopas con vino!...

»Todas las ambiciones son eso; no vale la pena nada. Es curioso, no se me ha olvidado aquello. Me quedé muy serio, y pensé: Josemaría, está hablando el Espíritu Santo.

»Esto lo hizo la Sabiduría de Dios, para enseñarme que todo lo de la tierra era eso: bien poca cosa»<sup>70</sup>.

En otras ocasiones daba algún paseo por los alrededores del pueblo. Teodoro Murillo solía acompañarle. «En estos paseos charlábamos, y recuerdo únicamente que solía recoger piedrecitas que se metía en el bolsillo; nunca me atreví a preguntar por qué lo hacía». Este pequeño detalle era una manera práctica recomendada por algunos escritores de espiritualidad de contabilizar las jaculatorias. Don Josemaría en 1925 lo hacía así, aunque más adelante decidió que la cuenta la llevara su ángel custodio...<sup>71</sup>.

Una de las cosas que más cuidó durante su estancia en Perdiguera fue la Confesión para que se cumpliera el precepto pascual. Pasó muchas horas en el confesonario esperando a las almas. Años más tarde san Josemaría hablando a los sacerdotes les dirá: «Un consejo de hermano: sentaos en el confesonario todos los días, o por lo menos dos o tres veces a la semana, esperando allí a las almas como el pescador a los peces. Al principio quizá no venga nadie. Lleváis el breviario, un libro de lectura espiritual o algo para meditar. En los primeros días podréis: después vendrá una viejecita y le enseñaréis que no basta que ella sea buena, que debe traerse a los nietos pequeñines. A los cuatro o cinco días vendrán dos chiquillas, y después un chicote, y luego un hombre, un poco a escondidas... Al cabo de dos meses no os dejarán vivir, no podréis rezar nada en el confesonario, porque vuestras manos ungidadas estarán, como las de Cristo –confundidas con ellas, porque sois Cristo–, diciendo: yo te absuelvo»<sup>72</sup>.

Los domingos, a la salida de misa, le gustaba conversar con sus feligreses a la puerta de la iglesia. Procuraba ser cordial y amable con todos.

Sin embargo un día, al salir de la parroquia, don Josemaría oyó el comentario de uno de los mozos que estaban en el atrio: «¡Vaya con el mosén! Si me descuido me lo adivina todo», lo que le causó un profundo dolor por lo que tenía de ofensa al Señor: a Dios no se le puede engañar.

Durante su estancia administró el bautismo a cuatro niños, entre el 6 y el 23 de abril. También consta en el libro de Defunciones de la iglesia parroquial de la Asunción de Nuestra Señora de Perdiguera una defunción con fecha de 11 de mayo. «En la redacción de esta defunción en donde pone la hora consta a las ocho, está tachado y luego pone a las veinte, y al margen dice: “lo corregido vale”. Firmado José M.<sup>a</sup> Escrivá»<sup>73</sup>. Una semana más tarde regresaría a Zaragoza.

A pesar de la brevedad de su estancia removi6 a muchas almas. Don Teodoro Murillo anota que «de los sacerdotes que han pasado por el pueblo es D. Josemaría quien ha dejado en mí, y no sabría decir exactamente por qué, un recuerdo imborrable. Era muy alegre, con un humor excelente, muy educado, sencillo y cariñoso. En el poco tiempo que estuvo le cogí un gran afecto y sentí de veras su marcha»<sup>74</sup>.

Algunos no habían entendido, sin embargo, el extraordinario celo apostólico de don Josemaría, su cuidado de la liturgia, sus horas de confesonario o su incansable instrucción catequética. Hubieran visto mejor que dedicara más tiempo a cultivar la amistad y el trato con las «fuerzas vivas» del pueblo, participando en las partidas de cartas o, como hacían otros curas rurales, yendo a cazar... Pero don Josemaría tenía una idea muy elevada del sacerdocio ministerial y se esforzaba, desde el primer momento, por ponerla en práctica. Aunque algunos le llamaran «el místico».

Pero, ¿qué pensaba don Josemaría sobre el sacerdocio? En realidad nos aparece evidente por su actuación en Perdiguera y más tarde, como veremos, en Zaragoza. Porque ponía en práctica aquello que pensaba. De forma concisa y penetrante lo expone en una homilía pronunciada el 13 de abril de 1973. Algunas de las cosas que dice nos evocan, inmediatamente, su modo de comportarse en Perdiguera. No son, por tanto, elucubraciones o especulaciones teóricas. Por su importancia capital reproducimos un extenso pasaje. Es válido para comprender mejor algunas de las cosas por las que, en su momento, su actitud parecía claramente «revolucionaria». Porque entonces, como a lo largo de toda su vida, le urgían las almas.

«Ni como hombre, ni como fiel cristiano el sacerdote es más que el seglar. Por eso es muy conveniente que el sacerdote profese una profunda

humildad, para entender cómo en su caso también de modo especial se cumplen plenamente aquellas palabras de San Pablo: *¿qué tienes que no hayas recibido?* Lo recibido... ¡es Dios! Lo recibido es poder celebrar la Sagrada Eucaristía, la Santa Misa –fin principal de la ordenación sacerdotal–, perdonar los pecados, administrar otros Sacramentos y predicar con autoridad la Palabra de Dios, dirigiendo a los demás fieles en las cosas que se refieren al Reino de los Cielos.

»No comprendo los afanes de algunos sacerdotes por confundirse con los demás cristianos, olvidando o descuidando su específica misión en la Iglesia, aquella para la que han sido ordenados. Piensan que los cristianos desean ver, en el sacerdote, un hombre más. No es verdad. En el sacerdote quieren admirar las virtudes propias de cualquier cristiano, y aun de cualquier hombre honrado: la comprensión, la justicia, la vida de trabajo –labor sacerdotal en este caso–, la caridad, la educación, la delicadeza en el trato.

»Pero, junto a eso, los fieles pretenden que se destaque claramente el carácter sacerdotal: esperan que el sacerdote rece, que no se niegue a administrar los Sacramentos, que esté dispuesto a acoger a todos sin constituirse en jefe o militante de banderías humanas, sean del tipo que sean; que ponga amor y devoción en la celebración de la Santa Misa, que se sienta en el confesonario, que consuele a los enfermos y a los afligidos; que adoctrine con la catequesis a los niños y a los adultos, que predique la Palabra de Dios y no cualquier tipo de ciencia humana que –aunque conociese perfectamente– no sería la ciencia que salva y lleva a la vida eterna; que tenga consejo y caridad con los necesitados.

»En una palabra: se pide al sacerdote que aprenda a no estorbar la presencia de Cristo en él, especialmente en aquellos momentos en los que realiza el Sacrificio del Cuerpo y de la Sangre y cuando, en nombre de Dios, en la Confesión sacramental auricular y secreta, perdona los pecados. La administración de estos dos Sacramentos es tan capital en la misión del sacerdote, que todo lo demás debe girar alrededor. Otras tareas sacerdotales –la predicación y la instrucción en la fe– carecerían de base si no estuvieran dirigidas a enseñar a tratar a Cristo, a encontrarse con Él en el tribunal amoroso de la Penitencia y en la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario, en la Santa Misa»<sup>75</sup>.

Estas ideas habían sido una constante en su vida y su predicación. Así don Ezequiel Belenchón, sacerdote de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, coincidió con san Josemaría Escrivá en Pamplona en 1964. Y recor-

daba: «Viéndole celebrar me impresionó su compostura, fruto, sin duda, de su fe, de su vida interior, de su amor al Señor, de su plena seguridad en la presencia real de Cristo en el Altar y en el Sagrario, como ha inculcado tantas veces y ha vivido siempre»<sup>76</sup>.

Los sacerdotes fueron siempre parte importante de su ocupación. Estando en el Colegio Mayor Miraflores el año 1965, al salir de una tertulia vio a don Francisco Borraz y le invitó a pasar a una sala de estar. Don Francisco recuerda cómo «me hizo hablarle de mi apostolado con sacerdotes, a quienes daba entonces bastantes retiros mensuales. Me habló de la necesidad y grandeza de este apostolado y del amor que les había de tener, sobre todo a los que no comprendían a la Obra». Al acabar san Josemaría se arrodilló y le pidió a don Francisco Borraz su bendición<sup>77</sup>.

Interés que recalca don Ezequiel Belenchón al hablar de una tertulia que tuvieron algunos sacerdotes de varias diócesis de España con el fundador del Opus Dei en Tajamar en el año 1972. Así señala que «amaba a los sacerdotes apasionadamente. Nos habló de amor y de comprensión al sacerdote». Más adelante afirma: «Habló mucho del sacramento de la Eucaristía y de la Penitencia. Nuestra fuerza está en la Santa Misa y en la Comunión, en el Sagrario. Que pasáramos muchas horas en el Confesionario». Para concluir: «En su vida y en sus escritos yo he visto en Monseñor Escrivá a un sacerdote que ha vivido de la fe, que ha amado a la Trinidad Santísima, a la Humanidad de Jesucristo...»<sup>78</sup>.

Cuidado y solicitud también en pequeños detalles, como el que evoca don Mauricio Alegre de su enfermedad en el año 1947 en Roma. San Josemaría Escrivá le visitó en una ocasión. No recuerda con exactitud lo que le dijo, «pero sí quedé impresionado de su porte humano, del cariño con que me habló y de las palabras de aliento que me dirigió»<sup>79</sup>.

\* \* \*

El 18 de mayo de 1925 regresa a Zaragoza. Han sido unas semanas que dejarán en él una huella imborrable.

#### **14. Capellán de la iglesia de San Pedro Nolasco de Zaragoza**

Su actividad sacerdotal en Zaragoza se desarrolló, fundamentalmente, en la iglesia de San Pedro Nolasco, más conocida como iglesia del Sagrado Corazón, que estaba regentada por los Padres Jesuitas. Éstos vivían en una residencia de la calle San Ildefonso, 20, de la ciudad. Algunos sacerdotes seculares ayudaban en el trabajo de la iglesia.

Por aquel entonces la iglesia de San Pedro Nolasco tenía un gran dinamismo. Además de las actividades del culto, muy numerosas, se añadían las de carácter apostólico. Ahí desarrollaban sus labores las *Hijas de María*, la *Asociación de la Buena Muerte*, las *Madres cristianas*, las *Hijas de María y Santa Zita*, también conocida como Congregación de Santa Zita, para empleadas del hogar, *Primeros domingos* para caballeros, las Conferencias de Señoras de San Vicente de Paúl, *Instrucción Dogmática* en la misa de nueve los domingos, Congregantes de San Estanislao, Congregantes de la Anunciación y de San Luis Gonzaga. Tenían lugar también ejercicios espirituales para obreros, caballeros, sirvientas, mujeres casadas, mujeres socorridas por las Conferencias de San Vicente de Paúl, maestras, etcétera.

En el mes de septiembre don Josemaría firmará un contrato provisional como capellán de esta iglesia, en el que se estipulan con detalle sus obligaciones y derechos:

«[...] Los días de fiesta, primeros viernes de mes y demás días solemnes estará al servicio de la iglesia desde las seis de la mañana hasta las 10.30.

»Los demás días de 7 a 9.30 ó 10 de la mañana.

»Cuando hubiese Misa Cantada o en Semana Santa estará para revestirse si hiciese falta.

»Los primeros viernes de mes, en las Cuarenta Horas, en el mes de Junio y siempre que hubiere función por la tarde con exposición del S.S. estará puntual a la hora de la función para exponer y ayudar en lo que convenga.

»Cuando fuere necesario lavará los purificadores.

»Dirá la Santa Misa a la hora que se le señale.

»Tendrá limosna fija de la Misa, que será de 3 pesetas.

»Para los servicios arriba apuntados recibirá 2 pesetas diarias [...]»<sup>80</sup>.

En un certificado de fecha 11 de marzo de 1931, firmado por el padre Celestino Moner, S.J., superior de la residencia, se afirma que don Josemaría Escrivá trabajó en San Pedro Nolasco como capellán desde abril o mayo de 1925 hasta marzo de 1927<sup>81</sup>.

El padre Lorenzo Jovellar, S.J., que ayudaba de monaguillo los domingos y días de fiesta, describe la actividad de don Josemaría de esta manera:

«Por aquel entonces, estudiaba en la Universidad de Zaragoza, el Beato Escrivá, recién ordenado de Sacerdote. Atendía a su señora madre, y celebraba la Santa Misa, ayudaba a dar la Comunión, hacía la Exposición y Reserva del Santísimo Sacramento todos los días en esa nuestra Iglesia de San Pedro Nolasco». Como certifica el padre Celestino Moner, hacía las cosas «siempre con edificación de todos, y sin dar motivo alguno de queja en el desempeño de su cargo»<sup>82</sup>.

En aquellos tiempos no tenían «Libro de Misas», por lo que resulta difícil saber con exactitud otro tipo de actuaciones que desarrolló don Josemaría en San Pedro Nolasco. Sí se conserva un diario de la iglesia en el que se registran datos de interés. Hay diversas menciones que se pueden referir a san Josemaría, pero la única segura es la siguiente: «1 de enero de 1927. En San Pedro Nolasco función solemne como de costumbre por celebrarse la fiesta del Dulce Nombre de Jesús, titular de la Compañía. Celebró la misa solemne nuestro P. Superior Celestino Moner, siendo ministros D. Landelino y D. José Escrivá»<sup>83</sup>. En una octavilla con fecha de octubre aparece su nombre, el número de misas celebradas –31– y el importe satisfecho por las mismas entre otras cosas. Pero ignoramos el año<sup>84</sup>.

Pronto se hizo amigo de los monaguillos, que lo recuerdan como un sacerdote trabajador, simpático y muy alegre, con una conversación agradable: «Quizá sería por eso, y también porque era muy joven, que mi hermano y yo intimamos con él más que con otros sacerdotes», comentaría don Manuel Zúñiga. Algunas veces le acompañaría de paseo junto con su hermano Ricardo. Se acordaba vivamente de uno de ellos, cuando fueron a visitar a las monjas del colegio a cuya entrada fue asesinado el cardenal Soldevila<sup>85</sup>.

Su preparación al diaconado primero y después al sacerdocio, su estancia en Perdiguera y su reciente cargo de capellán en San Pedro Nolasco no le permitieron presentarse más que a una única asignatura en junio, «Derecho civil español, común y foral», en la que sacó notable. Asimismo renunció a presentarse en septiembre a pesar de haber aplicado las dos matrículas del año anterior a dos asignaturas. El curso siguiente podría dedicar más tiempo a asistir a clase y preparar sus exámenes.

## 15. El trato con universitarios. La catequesis de Casablanca

Don Josemaría no había olvidado a sus compañeros y amigos del seminario de San Francisco de Paula, a quienes hacía alguna visita. Don Agustín

Callejas apunta –refiriéndose a Perdiguera– que «cuando regresó de allá venía con cierta frecuencia por San Carlos a vernos o me lo encontraba por Zaragoza. Recuerdo que en aquel tiempo me hablaba mucho de oración comentando que la gente rezaba poco y que era indispensable rezar más»<sup>86</sup>.

Al disponer de más tiempo acudía con mayor asiduidad a clase, continuando, consolidando y aumentando sus amistades. David Mainar –que más tarde sería notario en Zaragoza– se acuerda bien de estos años, de manera especial de este curso, en que trató a don Josemaría con más asiduidad: «Tenía muchos amigos porque procuraba estar abierto a todos; incluso trataba –y llegó a tener verdadera amistad– con un alumno que no participaba de sus mismas ideas porque había perdido la fe o se dejaba llevar por el ambiente juvenil de aquel tiempo. A mí me ha llamado siempre la atención recordar cómo se acomodaba a las conversaciones propias de los estudiantes, que a veces no cuidan demasiado el tema o el lenguaje. No hay duda que a un sacerdote le podrían crear situaciones violentas; pero Josemaría tenía un algo especial para salir airoso –con su personal sentido del humor– de momentos embarazosos, sin perder la dignidad y haciéndose respetar delicadamente, sin violencia»<sup>87</sup>.

También sabemos que durante este curso don Josemaría dio clases particulares de Derecho Canónico y Latín a don Enrique Giménez Arnau, del cual era amigo y compañero.

Los domingos por la tarde don Josemaría atendía una catequesis en el grupo escolar «Eliseo Godoy», en los límites de la barriada de Casablanca, en la carretera de Teruel, detrás de lo que hoy es convento de las Madres Franciscanas Clarisas de Santa María de Jerusalén. La Congregación de la Anunciación y de San Luis Gonzaga tenía su sede en el colegio del Salvador, en la plaza de Paraíso, hoy desaparecido, pero iban a San Pedro Nolasco para los actos de culto. Algunos universitarios de esa congregación acudían a la catequesis de Casablanca encargándose de los niños. Entre ellos estaba Juan Antonio Cremades.

Éste recuerda que «nos citábamos en la Plaza de Paraíso y desde allí nos dirigíamos andando hacia el lugar de la catequesis. Íbamos hablando de temas de la Universidad, comentando detalles de los catedráticos de los que éramos discípulos: D. Juan Moneva Puyol, cristiano ejemplar, profesor competentísimo de Derecho Canónico, de personalidad muy acusada y peculiar, con el que el Padre trabó muy buena amistad; D. José Pou de Foxá, sacerdote, catedrático de Derecho Romano, buen profesor, que

gustaba de contar chistes en clase; D. Antonio de la Figuera Lezcano, catedrático de Derecho Mercantil, aficionado a que los alumnos intervinieran mucho en clase, incluso organizando cierto bullicio»<sup>88</sup>.

Los testimonios resaltan la simpatía, serenidad, alegría y vida sobrenatural de don Josemaría. También existe unanimidad al señalar cómo, cuando la conversación giraba en torno a los profesores de la Facultad de Derecho, procuraba justificar y excusar sus defectos, evitando la crítica con caridad cristiana, enseñando a aquellos universitarios a ser objetivos y a evitar los juicios negativos.

En junio de 1926 se presentó a cuatro asignaturas: «Derecho Internacional Público», en la que obtuvo matrícula de honor, «Derecho Mercantil» y «Derecho Político» con notable y «Derecho Administrativo» con aprobado. En la convocatoria de septiembre aprobaría «Derecho Penal», «Hacienda Pública» y «Procedimientos judiciales», sacando notable en «Derecho Internacional Privado». Superó, por tanto, ocho asignaturas en el curso académico de 1925-1926. Le quedaba únicamente una asignatura para finalizar la carrera de Leyes.

## 16. El verano en Fonz

No se habían interrumpido sus estancias en período estival en Fonz, cerca de Barbastro, donde tenían familia, a pesar de ser muy breves.

De este verano de 1926, o quizá del siguiente, guardamos el testimonio de don Laureano Castán Lacoma, obispo de Sigüenza-Guadalajara. Don Laureano, natural de Fonz, era por aquellos días seminarista y se hallaba con su familia pasando las vacaciones. Coincidió en una de las visitas que don Josemaría, junto con su familia, realizó al pueblo, donde su tío, don Teodoro Escrivá, era beneficiado de la capellanía de la casa Moner.

Don Laureano le ayudó alguna vez a celebrar la santa misa. Y encomia «la piedad y fervor con que celebraba el Santo Sacrificio, al que yo me unía con piedad y devoción grandes, que no le pasaron inadvertidas a Mons. Escrivá, como en fecha reciente me comentaba por escrito don Álvaro del Portillo. Es fácil de entender que ya entonces vivía lo que años más tarde escribiría: la Misa es acción divina, trinitaria, no humana. El sacerdote que celebra sirve al designio del Señor, prestando su cuerpo y su voz; pero no obra en nombre propio, sino *in persona et in nomine Christi*, en la persona de Cristo, y en nombre de Cristo»<sup>89</sup>.

## 17. Profesor en el Instituto Amado de Zaragoza

Después de examinarse en septiembre de cuatro asignaturas, don Josemaría busca una actividad compatible con su cargo de capellán en San Pedro Nolasco que además le reporte los ingresos necesarios para mantener a su familia, trasladada ya al piso de la calle San Miguel. Precisamente serán vecinos de la familia de uno de los monaguillos, los Zúñiga, con quienes harán amistad. También lo serán de Angelita Moreno y su esposo, que vivían en la misma casa. Esto favoreció el que surgiera amistad entre su hermana Carmen y Angelita, la hermana de sus buenos amigos Francisco y Antonio Moreno, cuyas estancias en Villet todos recordaban.

En octubre de ese año comienza la actividad docente de don Josemaría en el Instituto Amado. Era ésta una academia que comenzó a desarrollar su actividad docente aquel mismo curso de 1926-1927 en Zaragoza, bajo la dirección de don Santiago Amado Lóriga, capitán de Infantería y licenciado en Ciencias Exactas. Años más tarde llegaría a general.

Ese primer año el abanico de posibilidades de la academia era amplísimo. Al comenzar al año siguiente la Academia General Militar en Zaragoza el Instituto Amado se centrará en la preparación para el ingreso en academias militares y en escuelas de Ingeniería.

El profesorado era abundante y por lo general de gran prestigio. En los folletos de propaganda que se editaron para dar a conocer el Instituto figura una relación de los mismos. En esta revista mensual llamada «Alfa-Beta» se menciona a don José María Escrivá, presbítero, ya desde su primer número en enero de 1927. En el número dos, del mes de febrero, se da noticia de que «ha terminado brillantemente la carrera de Derecho nuestro querido presbítero y compañero de profesorado Don José María Escrivá...»<sup>90</sup>.

Efectivamente, acogiéndose a la Real Orden de 22 de diciembre de 1926, sobre exámenes extraordinarios para alumnos a quienes no faltasen más de dos asignaturas para acabar sus estudios, se presentó a «Práctica forense y redacción de instrumentos públicos» en la convocatoria extraordinaria de enero de 1927. Al aprobarla se convertía ya en licenciado en Derecho. Para obtener el título pagó el importe requerido –37,50 pesetas–, cosa que hizo el 15 de marzo de 1927, para poder cursar el doctorado. Pero volvamos al Instituto Amado.

En él don Josemaría fue profesor de Derecho Canónico y Romano. Uno de sus alumnos en el Instituto fue don Nicolás Tena Tejero, que recibió clases de Derecho Canónico. Don Nicolás estudiaba Derecho en Zaragoza y se matriculó en el Instituto Amado en el curso 1926-1927. Don Josemaría le dio clases a él, junto a otros cuatro alumnos más, sobre todo de latín, ya que el profesor de Derecho Canónico, don Juan Moneva, exigía saber traducir correctamente los cánones. Estas clases eran de siete a ocho de la tarde, dos o tres veces a la semana. Don Nicolás recuerda que al finalizar don Josemaría se solía quedar un rato con ellos de tertulia. Ahí salían a colación tanto cuestiones académicas como espirituales, notándose su deseo de ayudarles.

En el tercer número de la revista, el correspondiente al mes de marzo, apareció un artículo suyo titulado «La forma del matrimonio en la actual legislación española». Demuestra un profundo conocimiento de la materia a la vez que una claridad y precisión grande en la exposición del tema, muy candente en la sociedad española de la época. Es, que sepamos, su primer artículo que se conserva<sup>91</sup>.

En el siguiente número, de abril, la revista «Alfa-Beta» informa a sus lectores del traslado de don Josemaría a Madrid para realizar el doctorado en Derecho. Por aquel entonces sólo se podía obtener el doctorado en la Universidad Central de Madrid, razón por la cual el desplazamiento resultaba obligado. Los acontecimientos futuros demostrarían que sería algo en gran medida providencial para el joven sacerdote.

Había sido profesor del Instituto Amado casi siete meses, desde octubre de 1926, hasta abril de 1927. Una experiencia profesional que le ayudaría en el futuro y que sirvió, en su momento, para mantener a su familia.

#### **18. La Semana Santa de 1927: en Fombuena. El traslado a Madrid**

Don Josemaría ya había solicitado a su arzobispo, don Rigoberto Doménech, la dispensa para realizar el doctorado en Madrid, que le fue concedida<sup>92</sup>.

Pero cuando estaba acabando todos los preparativos para su traslado a Madrid le llegó la notificación de un destino provisional durante la Semana Santa para atender la parroquia de Fombuena, desde primeros de abril hasta la Pascua de Resurrección, el día 18. Fombuena era un pueblo de unos doscientos cincuenta habitantes próximo a Daroca.

Don Agustín Callejas, su buen amigo y compañero del seminario, se hallaba en Paniza, donde había sido destinado. Hacía muy poco tiempo que se había ordenado. Recuerda que don Josemaría pasó por ahí al acercarse a Fombuena al final de la Cuaresma de 1927, «en la baca de un autobús que hacía la línea de Cariñena a Daroca: me saludó con alegría...»<sup>93</sup>. Los antiguos compañeros del seminario estaban, ahora, desempeñando su ministerio sacerdotal en tierras aragonesas.

En Fombuena prodigó su labor sacerdotal con las almas poniendo un especial esmero en limpiar y adecentar la iglesia. Años más tarde en una tertulia con sacerdotes les diría: «¿Y la alegría de dejarlo allí, realmente presente, con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad, a presidir toda la vida cristiana de la parroquia, a esperar que vayamos a decirle que le queremos? Sí, el Sagrario tiene que ser un punto muy importante en la vida del sacerdote: la limpieza, las flores, los ornamentos sagrados: todo, todo. Hay que ir allí con cariño, con amor de madre y además con fortaleza de padre, y como niños pequeños que necesitan ayuda prestada de su Padre Dios»<sup>94</sup>.

Años más tarde, evocando su tiempo de cura rural, san Josemaría Escrivá exclamaría: «He estado dos veces en parroquias rurales. ¡Qué alegría cuando me acuerdo! [...]. ¡Me hicieron un bien colosal, colosal, colosal! ¡Con qué ilusión recuerdo aquello!»<sup>95</sup>.

El lunes de Pascua, 18 de abril, don Josemaría regresó a Zaragoza. Mientras ultimaba el viaje inmediato a Madrid, su madre y hermanos dispusieron todo para trasladarse a Fonz con mosén Teodoro. Cuando don Josemaría estuviera bien instalado en Madrid les mandaría llamar. Hasta entonces permanecerían en Fonz.

El 20 de abril don Josemaría llegó a Madrid. Comenzaba, sin lugar a dudas, una nueva etapa de su vida. Sería en ella donde se despejaría, por fin, aquello que Dios quería de él. Como había rezado insistentemente los últimos años: «Que sea eso que Tú quieres, y que yo ignoro»<sup>96</sup>.

## 1. FUENTES CONSULTADAS

Se agrupan temáticamente y se citan por el orden de aparición en el texto.

### 1.1. En el Seminario de Zaragoza

- 1.1.1. Archivo de la Notaría del Arzobispado de Zaragoza, 1919-1923. Libro de Decretos, folio 189, n.º 1899.
- 1.1.2. Testimonio de don Agustín Callejas Tello, AGP, RHF T-02861.
- 1.1.3. Test. de don Jesús López Bello, AGP, RHF T-02862.
- 1.1.4. Test. de don Francisco Moreno Monforte, AGP, RHF T-02865 (XII-1975).
- 1.1.5. Test. de don Francisco Artal Luesma, AGP, RHF T-02858.
- 1.1.6. Test. de don Antonio Mainar Lozano, AGP, RHF T-02860.
- 1.1.7. Test. de don Antonio Navarro y doña Josefina Moreno, AGP, RHF T-05369.
- 1.1.8. Test. de doña Carmen Lamartín, AGP, RHF T-04813.
- 1.1.9. Test. de doña M. Carmen Noailles, viuda de don Antonio Moreno, AGP, RHF T-02855.
- 1.1.10. Test. de don José Orlandis Rovira, de 22-VII-1975, AGP, RHF T-05400.
- 1.1.11. Test. de don José López Sierra, de 26-I-1948, AGP, RHF T-03306.
- 1.1.12. Test. de don Dionisio Herrando Rubio, AGP, RHF T-02866.
- 1.1.13. Test. de don Aurelio Navarro Bruna, AGP, RHF T-02863.
- 1.1.14. Test. de don Jesús Val, AGP, RHF T-06889.
- 1.1.15. Test. de don José María Román Cuartero, AGP, RHF T-02864.
- 1.1.16. Test. de don Clemente Cubero, AGP, RHF T-02859.
- 1.1.17. Test. de don Arsenio Górriz, AGP, RHF T-02867.
- 1.1.18. Archivo de la Notaría del Arzobispado de Zaragoza. Libro de Sagradas Órdenes, folio 363, n.º 4685.
- 1.1.19. Estudios en la Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio de Zaragoza: cursos y notas.
- 1.1.20. Carta del Rev. Gregorio Fernández Anguiano, 26-X-1923, AGP, RHF D-15449.
- 1.1.21. Carta de don Julio Cortés, 8-X-1952, AGP, RHF D-15282.

### 1.2. En Perdiguera

- 1.2.1. Test. de don Teodoro Murillo Escuer, AGP, RHF T-02849.
- 1.2.2. Test. de don Ramón Herrando, de 8-V-1976.
- 1.2.3. Iglesia Parroquial de la Asunción de Nuestra Señora. Libro de Defunciones, tomo VII, folio 22, n.º 4.

### 1.3. Estudios de Derecho

- 1.3.1. Test. de don José Luis Mena Salinas de Medinilla, AGP, RHF T-05194.
- 1.3.2. Test. de don Miguel Sancho Izquierdo, AGP, RHF T-02854.
- 1.3.3. Test. de don Carlos Sánchez del Río y Peguero, AGP, RHF T-02853.
- 1.3.4. Test. de don Luis Palos Yranzo, AGP, RHF T-07062.
- 1.3.5. Test. de don Domingo Fumanal, AGP, RHF T-02852.

- 1.3.6. Test. de don José López Ortiz, AGP, RHF T-3870.
- 1.3.7. Test. de don David Mainar, AGP, RHF T-2851.
- 1.3.8. Certificado de estudios de la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza, de 30-IV-1981.

#### 1.4. En San Pedro Nolasco

- 1.4.1. Test. del P. Lorenzo Jovellar, S.J., AGP, RHF T-06898.
- 1.4.2. Test. del P. Celestino Moner, S.J., AGP, RHF T-03876.
- 1.4.3. Carta del P. Manuel Marina, S.J., AGP, RHF T-03298.
- 1.4.4. Entrevista con don Miguel Zúñiga Solano, de 19-IX-1975, AGP, RHF T-03310.
- 1.4.5. Test de don Juan Antonio Cremades, de 13-XI-1975, AGP, RHF T-05846.

#### 1.5. En el Instituto Amado

- 1.5.1. *Alfa-Beta*, n.º 1, I.1927.
- 1.5.2. *Alfa-Beta*, n.º 2, II.1927.
- 1.5.3. *Alfa-Beta*, n.º 3, III.1927.
- 1.5.4. *Alfa-Beta*, n.º 4, IV.1927.

#### 1.6. Palabras o escritos de san Josemaría Escrivá de Balaguer

- Carta 14-IX-1951, *Apuntes íntimos*, n.º 959.
- 1.6.1. «Recuerdos del Pilar», en *El Noticiero*, 11-X-1970, AGP, RHF 20589.
  - 1.6.2. AGP, RHF 20770, p. 413.
  - 1.6.3. AGP, RHF 20166.
  - 1.6.4. «Sacerdote para la eternidad», en *Amar a la Iglesia*, 2.ª ed., Madrid, Rialp, 1986.
  - 1.6.5. «La forma del matrimonio en la actual legislación española», en *Alfa-Beta*, n.º 3, III.1927.
  - 1.6.6. AGP, RHF 20760, p. 99.
  - 1.6.7. AGP, RHF 20164, p. 222.

#### 1.7. Biografías sobre el fundador del Opus Dei

- 1.7.1. BERGLAR, P., *Opus Dei. Vida y obra del Fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, 5.ª ed., Madrid, Ed. Rialp, 1989.
- 1.7.2. BERNAL, S., *Monseñor Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, 6.ª ed., Madrid, Ed. Rialp, 1980.
- 1.7.3. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Ed. Rialp, 1983.
- 1.7.4. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei. I. ¡Señor, que veal!*, Madrid, Ed. Rialp, 1998.

1.7.5. HERRANDO PRAT DE LA RIBA, R., «El Seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza (I)», en *Anuario de Historia de la Iglesia*, 7, 1998, pp. 553-590.

1.7.6. HERRANDO PRAT DE LA RIBA, R., *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925). El seminario de S. Francisco de Paula*, Madrid, Edit. Rialp, 2002.

## **2. CRONOLOGÍA DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER EN ZARAGOZA, AÑOS 1920-1927**

A continuación extraemos los principales datos cronológicos aparecidos en el texto.

Primavera de 1920 Comienza las gestiones para su traslado a Zaragoza.

VI-1920 Don Juan Soldevila y Romero, arzobispo de Zaragoza, le concederá la incardinación después de la excardinación de Calahorra.

19-VI-1920 El administrador apostólico de Calahorra pide informes al rector, don Valeriano Ordóñez.

19-VII-1920 Se produce la incardinación en Zaragoza.

28-IX-1920 Se incorpora al Seminario de San Francisco de Paula; como alumno a la Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio.

29-IX-1920 Sesión inaugural del año académico en la Universidad Pontificia.

8-X-1920 Es nombrado celador de la «Asociación del Apostolado de la Oración del Sagrado Corazón de Jesús», cargo que desempeña hasta septiembre de 1922.

VI-1921 Finaliza el curso aprobando todas las asignaturas.

Verano-1921 A Logroño con su familia. Le acompaña su amigo Francisco Moreno.

Verano-1921 A Villed de Llanera con la familia de Francisco Moreno.

29-IX-1921 Sesión inaugural del año académico en la Universidad Pontificia como todos los años.

VI-1922 Finaliza el curso brillantemente.

VI-1922 El cardenal Soldevila le designa como inspector primero del Seminario de San Francisco de Paula.

Verano-1922 A Logroño con su familia.

Verano-1922 A Villed de Llanera con la familia de Francisco Moreno.

28-IX-1922 Recibe la tonsura de manos del cardenal Soldevila.

17-XII-1922 Recibe las órdenes menores del ostiariado y lector de manos del cardenal Soldevila.

21-XII-1922 Recibe las órdenes menores de exorcista y acólito de manos del cardenal Soldevila.

4-VI-1923 Asesinato en Zaragoza del cardenal Soldevila.

9-VI-1923 Solemne funeral del cardenal Soldevila en el Pilar.

Verano-1923 A Logroño con su familia.

- IX-1923 Aprueba dos asignaturas del curso preparatorio en la Facultad de Filosofía y Letras; se matricula en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza.
- IV-1924 Se matricula de la última asignatura del curso preparatorio y de seis asignaturas en la Facultad de Derecho correspondientes al período de licenciatura.
- VI-1924 Conoce a don José López Ortiz, presbítero, que se iba a examinar de primero de Derecho.
- VI-1924 Termina los estudios de Sagrada Teología.
- Verano-1924 A Logroño con su familia.
- IX-1924 Aprueba Historia de España y las seis primeras asignaturas de la licenciatura de Derecho. Comienza su segundo año como estudiante de Derecho.
- 28-XI-1924 Su padre, don José Escrivá Corzán, fallece en Logroño.
- 20-XII-1924 Es ordenado diácono por don Miguel de los Santos Díaz Gómara, obispo auxiliar, en la iglesia de San Carlos.
- I-1925 Traslado de su familia a Zaragoza.
- 18-III-1925 Comienza los ejercicios espirituales previos a la ordenación.
- 28-III-1925 Ordenado sacerdote por don Miguel de los Santos Díaz Gómara en la iglesia de San Carlos.
- 30-III-1925 Primera misa en la capilla de Nuestra Señora en el Pilar.
- 31-III-1925 A Perdiguera como regente auxiliar de la iglesia parroquial de la Anunciación de Nuestra Señora.
- 18-V-1925 Regresa a Zaragoza.
- V-1925 Capellán de la iglesia de San Pedro Nolasco de Zaragoza.
- 1925-1926 Da catequesis a niños en el colegio Eliseo Godoy.
- Verano-1926? En su estancia en Fonoz coincide con don Laureano Castán Lacoma, entonces seminarista.
- X-1926 Profesor en el Instituto Amado de Zaragoza de Derecho Canónico y Romano.
- I-1927 Termina la carrera de Derecho.
- 15-III-1927 Solicita el título de licenciado en Derecho.
- 1-IV-1927 Destinado a Fombuena durante la Semana Santa.
- 18-IV-1927 Regresa a Zaragoza.
- 19-IV-1927 Viaja a Madrid para realizar el doctorado.

### **3. PERSONAS QUE APARECEN EN ESTE CAPÍTULO RELACIONADAS CON SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER EN LOS AÑOS DE ZARAGOZA (1920-1927)**

Agrupados por afinidad, se ofrecen a continuación los nombres propios que aparecen citados en el texto.

### 3.1. Parientes

- 3.1.1. Don José Escrivá Corzán, su padre.
- 3.1.2. Doña Dolores Albás Blanc, su madre.
- 3.1.3. Doña Carmen Escrivá, su hermana.
- 3.1.4. Don Santiago Escrivá, su hermano.
- 3.1.5. Don Carlos Albás, canónigo arcediano del Pilar, su tío.
- 3.1.6. Don Teodoro Escrivá, beneficiado de la capilla de la casa Moner de Fonz, su tío.

### 3.2. Eclesiásticos. Autoridades académicas. Seminaristas

#### 3.2.1. *Eclesiásticos*

- 3.2.1.1. Cardenal Juan Soldevila y Romero, arzobispo de Zaragoza (1901-1923).
- 3.2.1.2. Don José Pellicer Guíu, vicario capitular (1923-1925).
- 3.2.1.3. Don Rigoberto Doménech, arzobispo de Zaragoza (1925-1955).
- 3.2.1.4. Don Miguel de los Santos Díaz Gómara, obispo auxiliar y presidente del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos.
- 3.2.1.5. Don Valeriano Ordóñez, rector del Seminario de Logroño.
- 3.2.1.6. Don Antonio Moreno, vicepresidente del Seminario de San Carlos.
- 3.2.1.7. Don José López Sierra, rector del Seminario de San Carlos.
- 3.2.1.8. Manuel Albericio, criado de confianza del cardenal Soldevila.

#### 3.2.2. *Autoridades académicas. Profesores*

- 3.2.2.1. Don Lorenzo Insa Celma, rector de la Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio de Zaragoza.
- 3.2.2.2. Don Joaquín González Marco, prefecto de Estudios de la Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio de Zaragoza.
- 3.2.2.3. Don Práxedes Alonso Zaldívar, profesor de Teología Moral.
- 3.2.2.4. Don Vicente Cardenal Merino, profesor de Teología Dogmática.
- 3.2.2.5. Don Elías Ger Puyuelo, profesor de Derecho Canónico.

#### 3.2.3. *Seminaristas*

- 3.2.3.1. Don Agustín Callejas Tello.
- 3.2.3.2. Don Jesús López Bello.
- 3.2.3.3. Don Francisco Moreno Monforte.
- 3.2.3.4. Don Dionisio Herrando.
- 3.2.3.5. Don Francisco Artal Luesma.
- 3.2.3.6. Don Antonio Mainar Lozano.
- 3.2.3.7. Don Julio Cortés.
- 3.2.3.8. Don Juan José Gimeno, inspector segundo en IX.1922.
- 3.2.3.9. Don Aurelio Navarro.
- 3.2.3.10. Don José María Román Cuartero, fámulo de don Josemaría a partir de IX.1922.
- 3.2.3.11. Don Arsenio Górriz, fámulo de don Antonio Moreno.

### **3.3. Amistades de Zaragoza y Vilel: familia Moreno**

- 3.3.1. Señora Moreno, madre de Francisco Moreno, verano de 1922 y 1923, en Vilel.
- 3.3.2. Doña Angelita, hermana de Francisco Moreno, residente en Zaragoza.
- 3.3.3. Don José Jiménez Gil, esposo de doña Angelita Moreno.
- 3.3.4. Don Antonio Moreno, hermano de Francisco.
- 3.3.5. Doña Carmen Noailles, viuda de don Antonio Moreno.
- 3.3.6. Don Antonio Navarro, amigo de don Josemaría en Vilel.
- 3.3.7. Doña Josefina Moreno, esposa de don Antonio Navarro, hermana de Francisco.
- 3.3.8. Cristóbal Navarro, hermano de Antonio.

### **3.4. Profesores y compañeros en la Universidad de Zaragoza**

- 3.4.1. Don José Luis Mena Salinas de Medinilla.
- 3.4.2. Señor Mena, padre de don José Luis, amigo de don José Escrivá.
- 3.4.3. Don Miguel Sancho Izquierdo, profesor de Derecho Natural.
- 3.4.4. Don Carlos Sánchez del Río y Reguero, secretario general de la Facultad de Derecho.
- 3.4.5. Don José Pou de Foxá, profesor de Derecho Romano.
- 3.4.6. Don Juan Moneva y Puyol, profesor de Derecho Canónico.
- 3.4.7. Don Luis Palos Yranzo.
- 3.4.8. Don José Antonio Giménez Arnau.
- 3.4.9. Don Enrique Giménez Arnau.
- 3.4.10. Don Juan Antonio Iranzo.
- 3.4.11. Don Pascual Galbe Loshuertos.
- 3.4.12. Don Domingo Fumanal.
- 3.4.13. Fray José López Ortiz, O.S.A.
- 3.4.14. Don David Mainar.
- 3.4.15. Don Antonio de la Figuera Lezcano, profesor de Derecho Mercantil.

### **3.5. En Logroño**

- 3.5.1. Don Manuel Cenicerros, empleado de «La Gran Ciudad de Londres».

### **3.6. En Perdiguera, Zaragoza**

- 3.6.1. Don Jesús Martínez Pirrón, párroco.
- 3.6.2. Don Teodoro Murillo Escuer, monaguillo, hijo del sacristán.
- 3.6.3. Don Urbano Murillo, sacristán.
- 3.6.4. Don Saturnino Arruga, campesino en cuya casa se hospedó don Josemaría.
- 3.6.5. Doña Prudencia Escanero, esposa de don Saturnino.

### **3.7. Iglesia de San Pedro Nolasco**

- 3.7.1. P. Celestino Moner, S.J., padre superior.
- 3.7.2. P. Lorenzo Jovellar, S.J., monaguillo.
- 3.7.3. P. Manuel Marina, S.J.

3.7.4. Don Manuel Zúñiga Solano, monaguillo. Serán vecinos de don Josemaría cuando resida en la calle San Miguel.

3.7.5. Don Ricardo Zúñiga Solano, hermano de don Manuel, monaguillo.

### 3.8. En Fonz, Huesca

3.8.1. Don Teodoro Escrivá, sacerdote.

3.8.2. Don Laureano Castán Lacoma, seminarista.

### 3.9. El Instituto Amado de Zaragoza

3.9.1. Don Santiago Amado Lóriga, capitán de Infantería, licenciado en Ciencias Químicas, director del Instituto Amado.

3.9.2. Don Nicolás Tena Tejero, alumno de don José María.

## 4. ESTUDIOS DE MONSEÑOR ESCRIVÁ EN LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SAN VALERO Y SAN BRAULIO DE ZARAGOZA: CURSOS Y NOTAS

El siguiente cuadro ofrece una visión de conjunto de los estudios de Sagrada Teología que monseñor Escrivá realizó en Zaragoza.

<i>Cursos académicos</i>	<i>Años</i>	<i>Asignaturas</i>	<i>Calificaciones</i>
1920-1921	2.º Teol.	De Incarnato et Gratia	Meritissimus
		De Actibus et Virtutibus	Benemeritus
		Oratoria Sagrada	Meritissimus
	1.º Teol.	Patrología	Meritissimus
		Liturgia	Meritissimus
		Introductio in S. Scripturam	Meritissimus
4.º Latín	Exegesis Novi Testamenti	Meritissimus	
	Lingua Graeca Meritus Lingua Hebraica Meritus		
1921-1922	3.º Teol.	De Deo Creante	Meritissimus
		Theologia Moralis (Praecep.)	Meritissimus
		De re sacramentaria	Benemeritus
		Theologia Pastoralis	Meritissimus
1922-1923	4.º Teol.	Exegesis Veteris Testamenti	Meritissimus
		De Deo Uno et Trino	Meritissimus
		Theologia Moralis Sacramen.	Meritissimus
		Paedagogia Catechetica	Meritissimus
1923-1924	5.º Teol.	Disquisitiones Theologicae	Meritissimus
		Institutiones Canonicae	Meritissimus
		Casus Conscientiae	Meritissimus

## Notas

<sup>1</sup> Cfr. BERGLAR, Peter, *Opus Dei. Vida y obra del Fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, 5.ª ed., Madrid, Ed. Rialp, 1989, p. 56.

<sup>2</sup> *Testimonio de doña María del Carmen de Otal Martí, baronesa de Valdeolivos* (AGP, RHF T-05080).

<sup>3</sup> *Archivo de la Notaría Mayor del Arzobispado de Zaragoza, 1919-1923, Libro de Decretos*, folio 189, n.º 1899. Sobre este seminario, cfr. HERRANDO PRAT DE LA RIBA, R., «El seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza, (I)», en *Anuario de Historia de la Iglesia*, vol. VII, 1998, pp. 553-590, y (II) en *AHI*, vol. VIII, 1999, pp. 565-604; íd., *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925). El seminario de S. Francisco de Paula*, Madrid, Edit. Rialp, 2002.

<sup>4</sup> *Testimonio de don Agustín Callejas Tello* (AGP, RHF T-02861); *Testimonio de don Jesús López Bello* (AGP, RHF T-02862). Los testimonios relacionados con los años de seminario en Zaragoza (1920-1925) se han publicado recientemente en HERRANDO PRAT DE LA RIBA, R., 2002, pp. 321-373.

<sup>5</sup> BERNAL, S., *Monseñor Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, 6.ª ed., Madrid, Ed. Rialp, 1980, p. 67.

<sup>6</sup> Cfr. *Libro II de Actas de las sesiones de la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús del Seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza (1902-1935)*, en HERRANDO PRAT DE LA RIBA, R., 2002, pp. 305-312.

<sup>7</sup> *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865); *Testimonio de don Francisco Artal Luesma* (AGP, RHF T-02858).

<sup>8</sup> *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865).

<sup>9</sup> *Testimonio de don Jesús López Bello* (AGP, RHF T-02862).

<sup>10</sup> *Testimonio de don Agustín Callejas Tello* (AGP, RHF T-02861).

<sup>11</sup> *Testimonio de don Francisco Artal Luesma* (AGP, RHF T-02858).

<sup>12</sup> *Testimonio de don Antonio Mainar Lozano* (AGP, RHF T-02860).

<sup>13</sup> *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865). Años más tarde el fundador del Opus Dei recordará esto en una carta: «Cuando entré yo en el seminario, solía tener, como acostumbraba de antes, los zapatos y el vestido bien limpios; incomprensiblemente, por esta razón, para algunos que antes de entrar yo en el seminario me hubieran tratado con la máxima consideración, era yo ¡el señorito! Otro motivo de curioso asombro, para aquellos buenos seminaristas, que eran todos mejores que yo, y que después, en su mayoría, han ejercitado su ministerio como óptimos sacerdotes y varios han merecido el martirio, arrancaba de que me lavaba –trataba de ducharme– todos los días: de nuevo, el epíteto de señorito», ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Carta* de 14-IX-1951. El reglamento del seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza era taxativo en este punto: «Todos los días, al levantarse por la mañana, doblarán sus camas con curiosidad y esmero, se lavarán, peinarán y acepillarán la ropa, sin excusa alguna y practicarán todo lo demás que conduzca al aseo y ventilación de los cuartos. Los directores no permitirán la menor omisión en esta materia» (art. 51).

<sup>14</sup> *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865); *Testimonio de don Agustín Callejas Tello* (AGP, RHF T-02861).

<sup>15</sup> *Testimonio de don Agustín Callejas Tello* (AGP, RHF T-02861).

<sup>16</sup> *Testimonio de don Agustín Callejas Tello* (AGP, RHF T-02861).

<sup>17</sup> *Testimonio de don Agustín Callejas Tello* (AGP, RHF T-02861).

<sup>18</sup> *Testimonio de don Antonio Navarro y doña Josefina Moreno* (AGP, RHF T-05369); *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865). También sus tíos Florencio y Carmen iban a visitarle algunos domingos por la tarde. Cfr. *Testimonio de doña Carmen Lamartín* (AGP, RHF T-04813, p. 3).

<sup>19</sup> *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865).

<sup>20</sup> *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865).

<sup>21</sup> *Testimonio de don Antonio Navarro y doña Josefina Moreno* (AGP, RHF T-05369).

<sup>22</sup> *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865).

- <sup>24</sup> *Testimonio de doña Carmen Noailles* (AGP, RHF T-02855).
- <sup>25</sup> *Testimonio de don Antonio Navarro* (AGP, RHF T-05369).
- <sup>26</sup> *Testimonio de doña Carmen Noailles* (AGP, RHF T-02855); *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865).
- <sup>27</sup> *Testimonio de don Antonio Navarro* (AGP, RHF T-05369).
- <sup>28</sup> *Testimonio de don Antonio Navarro* (AGP, RHF T-05369).
- <sup>29</sup> *Testimonio de don Agustín Callejas Tello* (AGP, RHF T-02861).
- <sup>30</sup> *Testimonio de don Agustín Callejas Tello* (AGP, RHF T-02861).
- <sup>31</sup> *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865).
- <sup>32</sup> *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865).
- <sup>33</sup> *Testimonio de don Agustín Callejas Tello* (AGP, RHF T-02861).
- <sup>34</sup> *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865).
- <sup>35</sup> Citado por VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei. I. ¡Señor, que vea!*, Madrid, Edit. Rialp, 1998, p. 137.
- <sup>36</sup> AGP, RHF D-15016.
- <sup>37</sup> AGP, RHF D-15016 (Archivo Diocesano. Documentos del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos, carpeta n.º 7 –Documentación de seminaristas–, 1921-1925).
- <sup>38</sup> *Apuntes íntimos*, n. 959.
- <sup>39</sup> AGP, P04 1974, II, pp. 398-399.
- <sup>40</sup> *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865).
- <sup>41</sup> *Testimonio de don José Orlandis* de 22 de julio de 1975.
- <sup>42</sup> *Testimonio de don Agustín Callejas Tello* (AGP, RHF T-02861).
- <sup>43</sup> *Testimonio de don José López Sierra* (AGP, RHF T-03306).
- <sup>44</sup> *Testimonio de don Dionisio Herrando Rubio* (AGP, RHF T-02866); *Testimonio de don Aurelio Navarro Bruna* (AGP, RHF T-02863).
- <sup>45</sup> *Testimonio de don Jesús Val* (AGP, RHF T-06889).
- <sup>46</sup> Cfr. HERRANDO PRAT DE LA RIBA, R., 2002, pp. 420-422, donde recoge las anotaciones.
- <sup>47</sup> *Testimonio de don José María Román Cuartero* (AGP, RHF T-02864).
- <sup>48</sup> *Testimonio de don Clemente Cubero* (AGP, RHF T-02859).
- <sup>49</sup> *Testimonio de don Arsenio Górriz* (AGP, RHF T-02867).
- <sup>50</sup> *Testimonio de don Agustín Callejas Tello* (AGP, RHF T-02861).
- <sup>51</sup> *Testimonio de don Antonio Mainar Lozano* (AGP, RHF T-02860).
- <sup>52</sup> ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., «Recuerdos del Pilar», en *El Noticiero*, 11-X-1970.
- <sup>53</sup> *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865).
- <sup>54</sup> *Testimonio de don José Luis Mena Salinas de Medinilla* (AGP, RHF T-05194).
- <sup>55</sup> VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei. Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902–1975)*, Madrid, Ed. Rialp, 1983, pp. 87-88.
- <sup>56</sup> VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador*, 1998, p. 613. Josemaría se lamentó mucho de este incidente, de tal manera que escribió a don Gregorio Fernández, que había sido su director espiritual en el seminario de Logroño. Éste le contestó el 26 de octubre: «Siento en el alma tu choque con Julio, no tanto por él, que tiene muy poco que perder, como por ti: me hago cargo de que fue inevitable por tu parte, pero ojalá que nunca te hubieras hallado en el trance de defenderte con argumentos tan contundentes: conozco la nobleza de tus sentimientos y estoy seguro de que para estas fechas no abrigas en tu corazón el menor rastro de resentimiento [...]. No debes hablar del asunto con otro que con Dios» (*carta del Rev. Gregorio Fernández Anguiano*, 26-X-1923, en AGP, RHF D-15449).

- <sup>56</sup> AGP, RHF D-15282. «Arrepentido y de la manera más sumisa e incondicional. *Mea culpa*».
- <sup>57</sup> *Testimonio de don Miguel Sancho Izquierdo* (AGP, RHF T-02854).
- <sup>58</sup> *Testimonio de don Carlos Sánchez del Río y Peguero* (AGP, RHF T-02853).
- <sup>59</sup> *Testimonio de don Luis Palos Yranzo* (AGP, RHF T-07062).
- <sup>60</sup> *Testimonio de don Domingo Fumanal* (AGP, RHF T-02852).
- <sup>61</sup> *Testimonio de monseñor José López Ortiz* (AGP, RHF T-03870).
- <sup>62</sup> *Testimonio de don Francisco Moreno Monforte* (AGP, RHF T-02865).
- <sup>63</sup> *Testimonio de don Jesús López Bello* (AGP, RHF T-02862).
- <sup>64</sup> AGP, RHF 20770, p. 413.
- <sup>65</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador*, 1998, pp. 189-191. Sixta Cermeño dice que don Carlos Albás opinaba que «lo que debía hacer Josemaría era dejar cualquier otro estudio, ordenarse y situarse, y mantener a su madre y hermanos» (AGP, RHF T-02856, p. 1). Además de la diferente concepción del sacerdocio pudo influir en el ánimo del arcediano una sobrina, Manolita, que vivía con él. Así lo refiere, por ejemplo, Francisco Moreno: «En casa de su tío encontró una actitud de fuerte desconsideración y frialdad para con él y su familia protagonizada de modo particular por la sobrina, su prima» (*Francisco Moreno Monforte*, AGP, RHF T-02865, p. 6).
- <sup>66</sup> *Archivo de la Notaría Mayor del Arzobispado de Zaragoza. Libro de Sagradas Órdenes*, folio 363, n.º 4.685.
- <sup>67</sup> *Testimonio de don José López Sierra* (AGP, RHF T-03306).
- <sup>68</sup> *Testimonio de don Teodoro Murillo Escuer* (AGP, RHF T-02849).
- <sup>69</sup> *Testimonio de don Teodoro Murillo Escuer* (AGP, RHF T-02849).
- <sup>70</sup> BERNAL, S., *Apuntes*, 1980, p. 78.
- <sup>71</sup> *Testimonio de don Teodoro Murillo Escuer* (AGP, RHF T-02849).
- <sup>72</sup> AGP, RHF 20166.
- <sup>73</sup> Tomo VII, folio 22, n.º 4. *Testimonio de don Ramón Herrando*, 8.V.1976.
- <sup>74</sup> *Testimonio de don Teodoro Murillo Escuer* (AGP, RHF T-02849).
- <sup>75</sup> «Sacerdote para la eternidad», homilía pronunciada el 13 de abril de 1973, viernes de Pasión, en: ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría, *Amar a la Iglesia*, 2.ª ed., Madrid, 1986, pp. 70-1 y 72-3.
- <sup>76</sup> *Testimonio de don Ezequiel Belenchón* (AGP, RHF T-07339).
- <sup>77</sup> *Testimonio de don Francisco Borraz* (AGP, RHF T-08636).
- <sup>78</sup> *Testimonio de don Ezequiel Belenchón* (AGP, RHF T-07339).
- <sup>79</sup> *Testimonio de don Mauricio Alegre* (AGP, RHF T-07023).
- <sup>80</sup> AGP, RHF, D-0003876. Es de fecha 10 de octubre de 1925.
- <sup>81</sup> *Certificado del padre Celestino Moné, S.J.*, 28-III-1931 (AGP, RHF D-03876).
- <sup>82</sup> *Testimonio del P. Lorenzo Jovellar, S.J.* (AGP, RHF T-06898); *Testimonio del P. Celestino Moner, S.J.* (AGP, RHF T-03876).
- <sup>83</sup> *Carta del P. Manuel Marina, S.J.*, de 7-X-1975.
- <sup>84</sup> Cfr. AGP, RHF D-15264.
- <sup>85</sup> *Entrevista con don Manuel Zúñiga Solano*, de 19-IX-1975.
- <sup>86</sup> *Testimonio de don Agustín Callejas Tello* (AGP, RHF T-02861).
- <sup>87</sup> *Testimonio de don David Mainar* (AGP, RHF T-02851).
- <sup>88</sup> *Testimonio de don Juan Antonio Cremades*, de 13-XI-1975.
- <sup>89</sup> Cfr. BERNAL, S., *Apuntes*, 1980, p. 82.
- <sup>90</sup> *Alfa-Beta*, n.º 1, I, 1927; n.º 2, II, 1927.

<sup>91</sup> *Alfa-Beta*, n.º 3, III, 1927.

<sup>92</sup> Sin embargo y como se deduce de diferentes testimonios de la época, en realidad parece que don Josemaría se vio obligado a marchar. Así de claro lo expone Javier Ayala: «Recuerdo que D. José Pou de Foxá, hombre de gran memoria y minucioso conocedor de la vida eclesiástica de la ciudad, me contó en 1942 que él mismo había aconsejado al Padre irse a Madrid. “En aquellas condiciones –son palabras de Pou de Foxá– Josemaría aquí no tenía campo”» (*Javier de Ayala*, AGP, RHF T-15712, p. 2). Don Álvaro del Portillo, en una de sus testimoniales, expone que alguien de influencia pretendía que se marchara de la diócesis por las buenas o «a palos» (Álvaro del PORTILLO, *Sum.* 235).

<sup>93</sup> *Testimonio de don Agustín Callejas Tello* (AGP, RHF T-02861).

<sup>94</sup> AGP, RHF 20166, p. 269.

<sup>95</sup> AGP, RHF 20760, p. 99.

<sup>96</sup> AGP, RHF 20164, p. 222.

## 1. Un paseo por la ciudad

En el mes de abril de 1951 el fundador del Opus Dei hizo una breve visita a Zaragoza. El Colegio Mayor Miraflores había iniciado su andadura en aquel curso académico 1950-1951 y se acercaba la fecha de la inauguración oficial, que tendría lugar en el siguiente mes de mayo. San Josemaría Escrivá de Balaguer había impulsado con particular interés la creación del colegio: alentó desde el primer momento al pequeño grupo de universitarios y profesionales de Zaragoza que promovieron su construcción y siguió atentamente el desarrollo de las obras desde Roma, su residencia habitual. Ahora aprovechaba un viaje a España para conocer el edificio y sus instalaciones –y también a los colegiales– en vísperas casi de la ceremonia inaugural, a la que, como fue costumbre suya en ésta y en otras parecidas ocasiones, no tenía desde luego intención de asistir.

El Colegio Mayor Miraflores –no es posible olvidarlo– representaba mucho para san Josemaría Escrivá. Era la primera obra corporativa del Opus Dei en Aragón y eso tenía un especial significado para él, que en su corazón de hombre universal reservó siempre un lugar de predilección para su tierra nativa. Pero Miraflores era además una institución universitaria radicada en Zaragoza y él había sido alumno de la Facultad de Derecho de su Universidad, y de Zaragoza, donde permaneció durante siete años, guardaba recuerdos, para él siempre actuales, que correspondían a momentos estelares de la historia de su vida. En aquella ocasión –un día de primavera de 1951– sintió con fuerza el deseo de evocar su época de estudiante y sacerdote novel y pidió a Manuel Boras, que trabajaba en la instalación del Colegio Mayor –y también a mí–, que le acompañásemos a recorrer, aprovechando las horas tranquilas de la noche, algunos lugares especialmente relacionados con sus años de juventud.